

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

AÑO 19. — N° 400.



VIAJE DE SS. MM. IMPERIALES. — ENTRADA DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ EN LA CIUDAD DE DIJON.

M^{te} Martínez

SUMARIO.

Entrada del emperador y de la emperatriz en la ciudad de Dijon; grabado. — La Dama de noche. — El panorama de la toma de Sebastopol en los Campos Eliseos; grabado. — Viaje del emperador; grabado. — El museo de Dijon; grabado. — Restos del sepulcro de la reina Brunehilde; grabado. — Revista de Paris. — El Cerro de los Buedes. — Fiesta de beneficencia en Grenoble; grabado. — Los criados. — A Malvina. — La inocencia. — Operaciones militares; grabados. — Lo que es poesía. — Boletín científico. — El general Bosco; grabado. — Una caravana en Siria; grabado.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

Una mujer vestida completamente de negro estaba de pié inmóvil entre aquel velador y un enorme lecho situado en un rincón de aquel extenso aposento.

Entre las colgaduras de aquel lecho, destacándose sobre un fondo densamente oscuro, había un hombre apoyado en el borde de aquel lecho, sosteniéndose mal sobre sus piés, envuelto en una bata negra, temblando de una manera visible, fijando en la mujer una mirada avara, repugnante, miserable, mirada de fiera hambrienta, debilitada, que olfatea una presa.

Los cabellos canos de este hombre estaban erizados; una de sus manos descarnadas se asia como buscando un sosten á una de las colgaduras, y la otra mano temblorosa se extendía hácia la mujer.

Aquel aposento, con su lobreguez dentro de la cual parecía existir una luz fantástica, aquellas dos personas que se contemplaban en silencio, aquel reposo nocturno en que no se percibía un sonido, aquel conjunto en fin, constituían uno de esos cuadros que vemos alguna vez dentro de nuestra imaginación dormida durante una pesadilla: que rara vez se encuentran en la vida constituyendo un horror acumulado.

Aquello daba á un tiempo frío y miedo.

CCVIII.

El marqués y Margarita se contemplaban frente á frente.

Ninguno de ellos hablaba.

Sin duda cada cual de ellos esperaba la palabra del otro para saber acaso á qué atenerse.

A medida que transcurría el tiempo parecía que un espíritu poderoso animaba, fortalecía, llenaba de sangre y de vigor las venas del marqués.

Lentamente su posición fué haciéndose menos abandonada, sus miembros fueron adquiriendo fuerza, al fin se puso completamente sobre sus piés, y dejó de temblar el brazo que tenía extendido hácia Margarita; pero continuó asíéndose á la colgadura.

Al fin abandonó aquel apoyo, y dió un paso vacilante hácia ella.

El segundo paso fué mas firme.

Por último, anduvo como pudiera haberlo andado un hombre en plena salud el espacio que le separaba de Margarita, se detuvo junto á ella y le asió una mano que Margarita no le rehusó.

— Es maravilloso, oí decir con aquella voz que me sonaba á M. Rouget: le abandona ella, huye, y él cae como si le hubieran dado un pistoletazo en la cabeza, agoniza, se muere: vuelve ella, y ese maldito resucita de instante en instante, y en un minuto recobra todo su poder de demonio: ¡ah! es necesario tener cuidado: por fortuna aquí no hay armas.

M. Rouget siguió hablando, pero de una manera ya tan confusa, que no pude comprender ni una palabra mas.

CCIX.

El marqués entre tanto había continuado en su silencio y atraía hácia sí á Margarita.

Luego se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse de la cabeza, del pensamiento, algo que le atormentase.

— Gracias, dijo al fin con acento gutural, cavernoso: gracias, porque has vuelto.

— Debía volver, dijo Margarita con una dulzura, con una ternura que me aterraron: yo no la hubiera creído nunca capaz de fingir hasta tal punto.

— Sí, debías volver, dijo con la voz mas cavernosa aun el marqués: tu suerte te trae junto á mí: tu destino está unido al mio: pero te has puesto de luto... sí, estás de luto.... me creías muerto.... pero no, no he muerto aun: espero vivir para partir contigo mi infierno. Has huido de mí... me has abandonado.

— Esta mañana me trató Vd. de una manera muy cruel.

— ¡Oh! sí: habías pasado la noche fuera: sí, sí por cierto: Rouget, el bribón de Rouget, no pudo ocultarme: te busqué y no te hallé: en cambio me encontré con mi sobrino, con mi buen sobrino que me pidió di-

nero, y me sacó á cuento el 23 de mayo... ¡Ah! sí, me acuerdo de todo: yo he estado enfermo, muy enfermo: he incurrido en la locura de tener... eso que los hombres llaman remordimiento, y que no es otra cosa que cobardia... pero ya... vuelvo á ser lo que he sido... ni el recuerdo de Lorenzo, por medio de la cita del 23 de mayo: ni el de la Rosalía muriendo sofocada bajo mis manos, y que tú... ¡oh! tú has tenido la crueldad de recordarme aquello á sangre fría, cuando el recuerdo de aquello me volvía loco, llevándote tus hermosísimas manos á tu divina garganta: ¡ah! ya aquello es inútil: ha sido un sueño: quiero vivir, quiero gozar, y voy á gozar desde el momento, porque me voy á casar contigo.

— ¡Enfermo! ¡débil! exclamó con ternura Margarita.

— No, te engañas: estoy cansado, quebrantado, pero enfermo no: cuando un hombre se me presentó esta mañana y me dijo no sé qué palabras, sentí que el corazón se me rompía, y caí como herido por un rayo: las palabras que aquel hombre me dijo solo podía haberlas pronunciado por medio de una revelación tuya: y tú no podías haber hecho aquella revelación mas que á un hombre que hubieras amado mucho, mucho, hasta el punto de haberlo olvidado todo por él: y este pensamiento, estos horribles celos, fueron para mí lo que un puñal para el corazón: me he estado muriendo, creo que he estado muerto: me han rodeado unos hombres horribles: me han sujetado como á una bestia brava: me han puesto qué sé yo cuántos parches ardientes: me han sacado no sé cuánta sangre, y hasta creo que he tenido un momento en que he creído que había Dios, y he hecho testamento, y no sé cuántas otras tonterías: y todo esto era que tú me habías abandonado, que había perdido la esperanza de volverte á ver: pero has vuelto, y he recobrado la vida: mi vida ardiente, vigorosa: estoy cansado, sí, debilitado, atormentado, pero no enfermo.

— ¡Oh! yo me alegro de que la vida de Vd. no esté en peligro, dijo con la misma dulzura que me había asombrado antes Margarita.

— Puede ser, Margarita, que yo me haya engañado hasta ahora y que me ames. ¿No es verdad?

— ¡Ah! ¡sí! si no le amara á Vd., ¿á qué había de haber venido?

— Margarita, tu voz miente: tu sonrisa es mentira: yo siento palpar tu alma de odio: tu mano abrasa, tus ojos arrojan fuego... tú lo sabes todo...

— ¡Ah! ¡no comprendo á Vd.!

— ¿Que no comprendes? No sé qué traición se me prepara: pero la percibo, la siento cerca de mí.

— ¡Ah! no, señor: todos, empezando por mí, anhelamos que Vd. se restablezca.

— ¡Ah! pues vuestros deseos se cumplen, solo que me conviene pasar por moribundo.

— No comprendo á Vd.

— Sí, á los moribundos se les casa *in articulo mortis*: ya que me han creído agonizante, continuemos agonizando para ellos: ahí está un cura: nuestro casamiento puede ser obra de cinco minutos... despues... despues del casamiento ya verás... volveremos al mundo, causaremos envidia por nuestro fausto, por nuestra felicidad: ¿qué te parece?

— Que hay tiempo sobrado, Juan; que es de mal agüero un casamiento repentino á pretexto de muerte.

— ¿Es decir, que te niegas?

— No: consiento: pero... de una manera normal.

— ¡Ah! tú amas... no sé á quién... he olvidado á ese hombre: acaso has sido suya...

Margarita lanzó un ligero grito de dolor.

— ¡Ah! ¡me lastima Vd.! exclamó.

— Escucha: M. Rouget ha sabido engañarte y te ha traído aquí.

Al escuchar esto Margarita, arrojó una mirada ansiosa á la puerta.

Despues me confesó que en aquel momento lo temió todo; que yo hubiese sido sacrificado por M. Rouget, y ella abandonada al marqués.

La mirada de terror de Margarita acabó de esclarecer las sospechas del marqués, y doblegó ante sí sacudiéndola brutalmente por el brazo á Margarita.

Margarita lanzó un horrible grito de dolor.

Entonces yo me precipité dentro.

CCX.

Pero hube de detenerme.

M. Rouget había cruzado por delante de mí.

El velador sobre que estaba la luz había caído por tierra y la luz se había apagado.

La habitación quedó envuelta en la oscuridad mas profunda.

Al mismo tiempo oí una lucha sorda, y la voz del marqués que llamaba irritada y temblorosa á Rouget.

— Rouget, Rouget, amigo mio, gritaba; ven: me asesinan, socorro.

— ¡Andrés! ¡Andrés! exclamaba al mismo tiempo la voz aterrada de Margarita.

— Aquí, por aquí, dije.

Y poco despues Margarita me asia temblando.

— Salgamos, salgamos de aquí, me dijo: aquí sucede algo horrible entre estas tinieblas.

En efecto, la lucha continuaba.

El marqués no hablaba, pero se sentía el doble hábito ardiente de dos hombres que forcejaban, y el ruido de los muebles que caían.

En vano Margarita y yo buscábamos una salida.

Estábamos aturdidos.

De repente oímos un golpe sordo, como si los que luchaban hubiesen caído en tierra.

Y luego la voz del marqués sofocada pero inteligible aun que exclamaba:

— Por compasión... todas mis riquezas... no... quiero... mo... rir...

Luego nada: el rumor de una convulsión poderosa, de algunos sacudimientos desesperados.

El horror nos tenía inmóviles á Margarita y á mí.

Durante algunos segundos nada se oyó.

Luego los pasos furtivos de una persona que se alejaba.

— ¡Ah, Dios mio! exclamó Margarita estrechándose aterrada contra mí: ¡lo mismo! ¡lo mismo que cuando el marqués asesinó á Rosalía!

CCXI.

Confieso que á pesar del anonadamiento en que me había postrado aquel cúmulo de horror, se me ocurrió una duda terrible.

¿Quién era quien había sucumbido, el marqués, ó M. Rouget?

La voz del marqués se había apagado, es cierto.

Pero podía haberla apagado del mismo modo el gozo supremo del triunfo en aquellos momentos terribles, que podía haberla apagado la muerte.

De improviso se iluminó la habitación.

Un hombre había entrado trayendo consigo una luz.

Aquel hombre era M. Rouget, que á falta de pañuelo se enjugaba con la mano el sudor que corría por su frente.

CCXII.

Margarita y yo arrojamos una mirada cobarde en busca de un objeto que temíamos encontrar.

El marqués estaba tendido é inmóvil al pié de su lecho.

Por la boca del marqués asomaba un objeto blanco, que yo por el momento no me pude explicar lo que fuese.

Margarita, abrazada aun á mí, había visto aquello, y horrorizada había escondido su semblante contra mi pecho, y sollozaba, se estremecía.

Yo vacilaba, dudaba: estaba viendo aquello y no lo creía, no lo quería creer.

Era aquello demasiado horroroso.

Parecía la representación horripilante de un melodrama inverosímil soñado por una imaginación enferma.

Y sin embargo era verdad.

Los crímenes de la vida llevados al teatro ó á la novela despojados de todo adorno de arte, parecerían inverosímiles, se harían fuertemente inaceptables.

Porque el verdadero drama, desnudo, descarnado, repugnante, existe en la verdad: le consignan esos dramas del patíbulo que se guardan en los archivos de los tribunales, y que no se leen sin estremecimiento.

La imaginación no inventará jamás nada tan horrible como el horror de la verdad.

CCXIII.

Y acaba de dar, de prestar su último colorido salvaje, sombrío, espantoso á aquel cuadro, la expresión serena, casi alegre de M. Rouget, con el terror insuperable de que nos encontrábamos llenos Margarita y yo.

— Gracias á Dios, dijo M. Rouget, que ya podemos descansar: para que una lengua temible no hable, no hay cosa como la muerte... y cuando se sabe buscar el momento oportuno... desafío á ese sabio doctor á quien yo iré á buscar ahora mismo, á que conozca si el buen marqués ha muerto de la enfermedad que él había pretendido curarle, ó gracias á mi pañuelo que sin saber cómo se ha metido en la boca el marqués.

Y con una serenidad repugnante sacó de la boca del cadáver un pañuelo blanco.

Despues le examinó atentamente.

— A la perfección, dijo: era necesario que un día ú otro fuese ajusticiado: le ha sentenciado Dios, y yo he cumplido la sentencia. Pero ¿á qué ese terror? añadió volviéndose á nosotros; ha muerto como debía morir, y ni Vd., señorita, ni don Andrés han tenido parte en esto. Ha sido asunto mio: voy á arreglar estos muebles, á arreglarlo todo, y despues llamaré al médico, al cura y al escribano: Vds. pueden retirarse: los parientes y los amigos no permanecen al lado de los seres que amaron despues que han dejado de existir. Además están Vds. muy turbados y podrían dar lugar á sospechas.

Margarita se levantó de entre mis brazos, y pálida, lenta, se acercó al cadáver.

— Yo ansiaba vengarme de tí, dijo; pero nunca me hubiera vengado por medio de un asesinato: has sido infame con mis padres y conmigo, y sin embargo, en nombre de mis padres yo te perdono, Juan de la Roca; yo rogaré á Dios que te perdone.

Y tras estas palabras, salió asíéndoseme de la mano, y arrastrándose consigo sin decir una palabra ni aun mirar á M. Rouget.

Atravesamos muchas habitaciones, salimos á las galerías, bajamos las escaleras, abrió un criado la puerta y entramos en la carretela que nos esperaba aun.

— Alcalá, 170, dijo Margarita.

Y se arrojó en mis brazos.
— Necesito de todo tu amor, de tu alma, de toda tu vida para olvidar.
Y rompió á llorar silenciosamente.

CCXIV.

Cuando volvía á mi casa despues de haber dejado á Margarita en la suya, solo, encerrado en un carruaje, por medio de las solitarias y oscuras calles de Madrid, pretendia en vano encontrar la justicia de lo que me acontecia.

¿Porqué habia caído sobre mí tal cúmulo de desgracias?

¿Qué habia hecho yo para apurar tanto horror?
¿Era acaso un castigo por la muerte que habia causado á Pablo?

Yo le habia muerto de una manera involuntaria; sentia dolor, desesperacion por su muerte, hastío por haberla causado, horror si se quiere; pero remordimiento no.

Yo no habia tenido intencion de matar, y por consecuencia aquella muerte ni ante Dios ni ante los hombres me era imputable.

¿Seria que la sangre vertida traiga siempre una maldicion sobre quien la vierte, por mas que no haya tenido intencion de verterla?

¿Seria una compensacion, un precio terrible del amor de aquella mujer soñada por mí antes de conocerla, que llenaba mi alma, que la satisfacía, que realizaba todos sus sueños, todas sus esperanzas?

¿O seria todo aquello el resultado de un sueño, de una embriaguez, durante los cuales tomaba por seres á fantasmas, por verdadero á lo absurdo?

Nada podia contestarme: la fiebre me devoraba, mi cabeza se partía, mi corazón se abrasaba.

Cuando llegué á mi casa, necesité de la ayuda de mis criados para llegar á mi cama.

Despues he pasado no sé cuánto tiempo en un adormecimiento doloroso, en un insomnio por medio del cual pasaban objetos y seres incomprensibles pero aterradores.

Pero siempre en medio de ellos veia el rostro de arcángel y los ojos de fuego de Margarita.

CCXV.

Un dia al fin pude darme razon de mí mismo. Me encontré sangrado, dolorido, débil.

El doctor Salcedo, mi amigo, me miraba sonriendo.
— Nos hemos salvado, me dijo: la crisis ha pasado, y podemos alegrarnos.

— ¿Con que todo ello ha sido una enfermedad, un sueño, amigo mio? dijo al doctor Salcedo.

— Una enfermedad, un delirio de tres dias.
— Cabalmente tres dias; pues me alegro.

— Entendámonos, ¿qué es lo que Vd. cree un delirio?

— Una historia espantosa, que empezó...
— Por la muerte de un negro y de una loca, ¿no es verdad?

— Sí, cierto: debo haber soñado á voces.

— Casi casi me dan tentaciones de procurar que todo pase para Vd. como si hubiera sido un sueño; pero hay tarjetas, visitas que devolver.

— ¡Tarjetas! ¡visitas!

El doctor se levantó y fué á una mesa.
— Esto no es un sueño, me dijo presentándome una tarjeta.

En aquella tarjeta se leía: «Margarita de Fonseca.»

— ¡Ah! exclamé.

— En efecto, esa señora no es un sueño: ni este otro.

Y me mostró otra tarjeta.

«Luis de Arévalo.»

Y luego otra:

«Ines de Fonseca.»

Y otra por último:

«Eugenio Morales — presbítero.»

— De estas tarjetas dos solas las han traído sus dueños, me dijo Salcedo.

— ¿Cuáles?

— La de don Luis y la de don Eugenio.

— Pero Margarita... pero Ines...

— Están enfermas sobre poco mas ó menos como lo ha estado Vd.

— Salcedo, dije al doctor tendiéndole la mano; ¿las ha visto Vd.?

— Sí.

— ¿Y corren peligro?

— No.

— Me va Vd. á responder lealmente: ¿ha oído usted algo grave en mi delirio?

— Sí.

— ¿Y quién mas?

— Nadie: nadie ha entrado aquí mas que yo.

— ¿De modo que sabe Vd.?

— El médico es un confesor, Andrés; el médico olvida lo que el enfermo dice sin conciencia de lo que dice durante las horas del dolor.

— ¿Y qué me aconseja Vd.?

— Me ha contado Vd. una noche una historia fuertemente inverosímil.

— Pues esa historia, amigo mio, es verdad.

— Y bien ¿acerca de qué me pide Vd. consejo?

— ¿Qué debo hacer?...

— ¿Respecto á quién?

— Respecto á Margarita.

Salcedo se quedó profundamente pensativo, y luego moviendo la cabeza dijo:

— ¡Ah! no, no: es inútil: esos consejos los da el corazón.

— Pero ella...

— Le ama á Vd. y es... muy infeliz... y esto es la cuestion... temo que aumentada su pasión de Vd. por una union que no puede ser muy larga, sea harto grave la prueba.

— Pero Margarita...

— Es una cabeza sentenciada... ¿y quién sabe? ¡el amor! ¡el tiempo!

— ¡Sentenciada!...

— En ella se desarrolla un gérmen de destruccion... no sé cuál... pero le sienta...

— ¡Dios mio!

— El médico debe ser leal: hábil en prevenir: ademas es necesario curar á Vd... pero ya tendremos tiempo de eso. Por ahora hemos hablado demasiado.

Salcedo me impuso silencio con la tiranía inapelable del médico y me dejó solo.

CCXVI.

Dos dias despues pude ya levantarme y recibir gentes.

A vuelta de una multitud de visitas del género de las que os molestan y que os veis obligado á sufrir por la tiranía de las costumbres, tuve dos visitas importantes.

Luis de Arévalo é Ines de Fonseca, acompañada del padre Morales y una hermana de este.

Las dos visitas fueron en un mismo dia, pero separadas por un intervalo de algunas horas.

Luis se me presentó impaciente, y apenas por necesidad y con suma distraccion me preguntó acerca del estado de mi salud.

Despues continuó:

— Yo en cambio estoy muy enfermo, hijo; mi tío al morir se ha llevado consigo mi salud; porque al fin mi tío, tal como era, tenia su bolsillo abierto para mí: no todo lo que yo hubiera querido; pero al cabo se pasaba regular: de tiempo en tiempo pagaba mis deudas; pero ahora... ¿Creerás que mi tío al hacer testamento no se ha acordado de que yo soy su sobrino? Lo ha dejado todo á las hijas de su prima Gabriela: ¿y para qué quieren ellas tanto?

— ¡Tan rico era el marqués! le dije por decirle algo.

— ¡Rico!... cien veces rico, poderoso, un Nabab, un Creso, un Harum-Al-Raschid: ya lo verás por tí mismo, porque tú te casarás con Margarita, como si lo viera; y como ahora resulta, segun declaracion del marqués, que Margarita es hija de Gabriela, hermana de Ines, y por consecuencia heredera de mi tío: ya verás, ya verás qué dote te trae ella; ¡ah, bribón de Andresillo, y qué afortunado eres!

— ¿Porqué no piensas en un dote semejante, Luis?

— ¡Ines! ¡es verdad! y casi casi debo casarme con ella; porque tú no sabes, Andrés: entre Ines y yo hubo una historia añeja...

— ¡Historia de amores! le dije como si ignorase absolutamente la historia de Ines.

— Una locura: yo entraba libremente en su casa como pariente, como primo lejano: se fiaban de mí... allá en la Habana. Ines era bella, se enamoró de mí, lo tomó por lo serio... hubo declaraciones, lágrimas, exigencias... pero quién se atreva á casarse con la hija de una casa cuyos asuntos iban de cabeza... si hubiera yo de casarme con todas las chicas pobres con quienes he tenido historias... ¿á dónde vamos á parar?... Y no he podido hacer una historia con un buen dote: porque la verdad, Andrés, casarse por amor es el crimen mas absurdo que contra sí mismo puede cometer un hombre: casarse con una mujer, sufrir sus caprichos, sus inconveniencias, sus locuras... exponerse gratis á ser puesto en ridiculo... sentenciarse al impropio trabajo de la elaboracion del pan nuestro de cada dia y del traje suyo de cada moda... y todo por el placer de vivir acompañado de una mujer que os hastia, que os provoca náuseas... eso no podia ser: si yo hubiese podido adivinar... ¡esa herencia! ¡debe ser enorme! Mi tío lo ha sido todo: negrero, pirata, comerciante de mala fe: ha adquirido sin reparar en los medios: ha sido un tiburón siempre sediento de oro: tiene inscripciones en todos los bancos, y extensas propiedades en España y en Cuba...

— ¡Una fortuna robada! exclamé.

— ¿Y qué importa? me dijo con un cinismo repugnante: nadie pregunta á nadie porqué es rico, ni nadie deja de respetar y de servir y de honrar á los hombres millonarios. ¿Quieres amistad? sé rico, y encontrarás esa amistad que el pobre busca en vano. ¿Quieres amor? te amarán las mujeres con toda su alma aunque seas un engendro monstruoso, con tal de que tengas la incomparable hermosura del dinero, que no se agota, que lo produce todo, la casa ostentosa, los trenes magníficos, las joyas, las telas preciosas... la mujer es vanidad pura...

(Se continuará.)

El panorama de la toma de Sebastopol

EN LOS CAMPOS ELISEOS.

Acaba de abrirse al público el hermoso Panorama construido en los Campos Elíseos al Oeste del palacio

de la Industria. Es un espectáculo que faltaba hace algun tiempo en Paris, y cuyo vacío acaba de llenar el coronel Langlois, inaugurando del modo mas interesante con el cuadro de la toma de Sebastopol, ese nuevo edificio destinado á reemplazar la antigua Rotonda que fué demolida para la construccion del palacio de la Industria. Los aplausos que el coronel Langlois habia obtenido anteriormente con sus panoramas de las batallas de la Moscowa y de Eylau, y del combate de las Pirámides, eran garantías del nuevo triunfo reservado esta vez á su talento para ese género de pinturas.

El espectador recibe una impresion extraordinaria cuando despues de haber atravesado un largo y oscuro corredor, se encuentra de repente en presencia de un inmenso horizonte, trasportado con toda la ilusion, que es el atractivo del espectáculo, á aquella tierra lejana donde las fatales necesidades de la politica llevaron á tantos hombres que no han vuelto á su patria.

El espectador se encuentra colocado en el centro mismo del punto de ataque, es decir, de la famosa torre Malakoff, que los soldados franceses tomaron por asalto el 8 de setiembre de 1855, y que siendo la llave de la defensa de los rusos produjo la toma de Sebastopol. Al instante se rectifican las falsas ideas hijas de la palabra torre. Es cierto que hubo efectivamente una torre sobre ese punto alto, cuya posicion domina la ciudad; pero en el momento del ataque no era mas que una especie de ciudadela de tierra que los rusos habian formado con sacos de arena y cestones, y cuya extension era de 350 metros sobre 150.

No tenemos intencion de describir aquí ese importante panorama; únicamente indicaremos los rasgos principales dando la vuelta de derecha á izquierda. La vista se fija desde luego hácia el punto de las obras rusas que fué tomado por los franceses, y por donde penetró el mariscal Mac Mahon, á quien se habia confiado el peligroso honor del ataque. Los cornetas de zuavos que tocan la carga y que coronan la cresta de las obras, señalan ese punto á la atencion. Mas lejos y en lontananza se descubre el cerro Verde, luego las alturas de Inkermann, y mas á la izquierda cerca del espectador, el mariscal Pelissier, seguido de su estado mayor y de varios oficiales franceses é ingleses, visita las obras. Todo este grupo que se compone de retratos muy parecidos, forma ya un cuadro bien dispuesto y que podia figurar entre las buenas pinturas de batallas, si pudiera trasladarse á una exposicion.

Detrás del mariscal Pelissier la pequeña Estrella está atacada y defendida con encarnizamiento. Mas cerca de la torre Malakoff, la explosion del polvorin que contenia 7,000 kilogramos de pólvora, da lugar á uno de los efectos mas imponentes de la escena. Piedras, tierra, cureñas rotas, restos de objetos verdaderos de toda clase esparcidos al pié del espectador, aumentan la ilusion, pareciendo que se confunden con objetos iguales figurados en el lienzo.

Mas allá de una serie de cerros sembrados de obstáculos y en los cuales se continúa sangrienta la lucha, se distingue la ciudad de Sebastopol y el mar azul que se pierde en el horizonte, cuya serenidad contrasta con esas escenas de carnicería. Por el puente que pone en comunicacion los dos lados de la ciudad, se ve un regimiento ruso en marcha y que recibe contraórden porque la torre de Malakoff habia caído en poder de los franceses. Delante del puente las puntas de los palos indican el lugar donde se han echado á pique los navíos para cerrar el puerto; detrás muchos buques cubren aun el puerto interior; pero á la otra mañana tambien estos debian seguir la suerte de los otros.

Se sigue marchando hácia el punto de partida, y se distinguen mas arriba de la línea de fortificaciones que ocupan los primeros términos y que están abandonadas por los rusos, unas llanuras onduladas que se extienden á lo lejos removidas por las obras de los franceses; por fin, la Estrella grande, atacada por los ingleses, es el último punto notable que llama la atencion.

Para dar al panorama de la toma de Sebastopol el mayor interés posible, el coronel Langlois ha reunido varios momentos diferentes de aquella accion tan compleja. Debiendo estar colocado el espectador en el centro de la torre de Malakoff, no se podian pintar en su proximidad y en grandes proporciones miles de combatientes; pero el artista al introducir en ese espacio libre al mariscal Pelissier acompañado de varios oficiales superiores, aunque se hallara en el momento de la accion en el cerro Verde, ha buscado ocasion de hacer muchos retratos interesantes. Mas lejos la lucha continúa en toda su intensidad. Así el público puede darse cuenta de las principales circunstancias del ataque y de la resistencia, cuya explicacion hace á mayor abundamiento un sub-oficial que volvió de esa campaña mutilado y cubierto de heridas. Esa inmensa pintura que ha exigido el concurso de muchos artistas, ha sido ejecutada en catorce meses.

J. D. P.

Viaje del emperador.

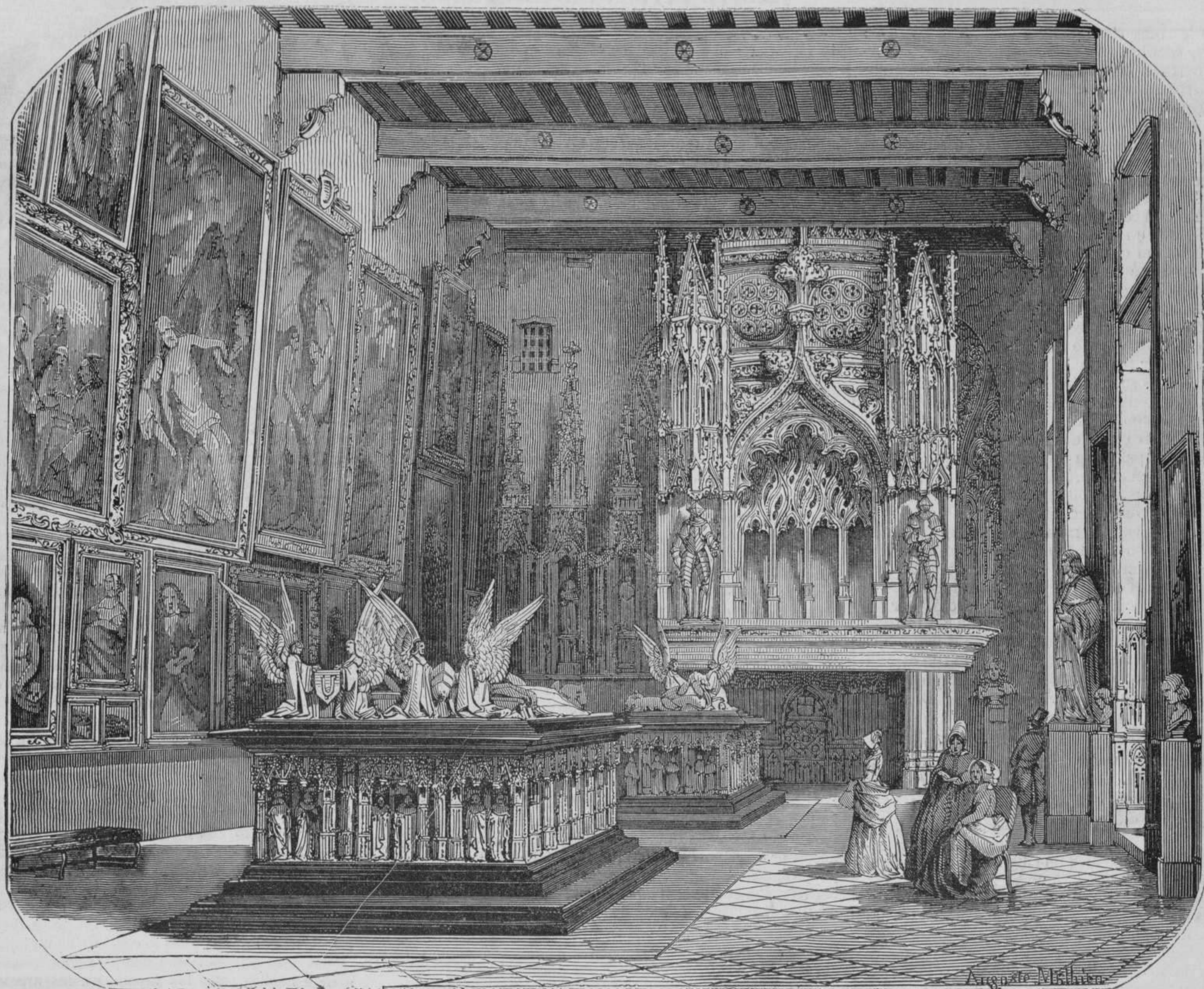
El 23 por la mañana salieron de Saint-Cloud el emperador y la emperatriz para su gran viaje por el Sudeste de la Francia, la isla de Córcega y la Argelia. Componen la comitiva imperial el general de division Le Bœuf, ayudante de campo; el general Fleury, primer escudero, ayudante de campo; el vizconde de Laferrière, gentilhombre; el baron Klein de Kleinemberg y el marqués de Galliffet, oficiales de órdenes; el conde de Castelbajac, escudero, y el doctor Conneau, primer médico.



NUEVO PANORAMA DE M. LANGLOIS EN LOS CAMPOS ELISEOS.



VIAJE DE SS. MM. — BAILE DADO AL EMPERADOR Y A LA EMPERATRIZ EN EL ANTIGUO PALACIO DE LOS DUQUES DE BORGÑA, EN DIJON.



EL MUSEO DE DIJON. — SALA DE LAS TUMBAS DE LOS DUQUES DE BORGÑA.

La emperatriz lleva en su compañía á las condesas de la Paeze y de Rayneval y á madama de Lancy, damas de palacio, y al marqués de Lagrange, su escudero.

El tren imperial llegó á Dijon á las cuatro de la tarde. En el desembarcadero del ferro-carril esperaban á SS. MM. las autoridades, y al presentar el alcalde al emperador las llaves de la ciudad, pronunció una arenga en que se ha notado esta frase: « Cuando la Europa afecta temer todavía el poder de vuestras armas, lo que teme mucho mas en realidad son las simpatías que habeis hecho nacer entre los pueblos. »

Acompañados de las autoridades y en medio de los vitores entusiastas de la población, se dirigieron SS. MM. á la catedral donde les esperaba á la cabeza de su clero el obispo que pronunció un discurso, en el cual, despues de haber glorificado la expedición de Siria y felicitado al emperador porque no ha cedido ante las suspicaces exigencias de la política, el prelado terminó diciendo:

« ¡Quiera el cielo que V. M. pueda triunfar igualmente de los embarazos, he dicho casi trabas que esa misma política, apartada cada vez mas de las vias de la justicia y del derecho, pretende imponer al hijo primogénito de la Iglesia católica, al emperador sucesor de Pepino y de Carlomagno!... »

« ¡Sí, señor, quiera el cielo que por fin sea permitido á vuestra piedad filial alejar del patrimonio de San Pedro esas olas embravecidas que le amenazan, y garantizar á nuestro jefe, á nuestro padre en la fe, ese principado sagrado que doce siglos le han formado! Tal es el voto de V. M., lo sabemos;

tal es tambien el nuestro. Dios á quien vamos á rogar, nos concederá, lo espero, á vos, señor, esa nueva y grandísima gloria, y á nosotros ese inmenso consuelo. »

Despues de transcribir estos discursos, dice el *Monitor* que el emperador contestó con « algunas palabras de gratitud. »

Por la noche hubo un gran baile en el antiguo palacio de los reyes de Borgoña. — A propósito de este palacio damos la vista de una sala del museo de Dijon, la única que queda del antiguo palacio ducal. Esta sala encierra además de varios cuadros de las escuelas fla-

menca, italiana y francesa, la tumba de Felipe el Atrevido y la de Juan Sin Miedo y su mujer Margarita de Baviera. Estos sepulcros célebres fueron destruidos en 1793, en virtud de una deliberación del consejo general del pueblo; pero los fragmentos fueron conservados, y al cabo de nueve años de obras consagradas á su restauración, y para las cuales el departamento de la Costa de Oro habia votado 25,000 francos, se expusieron de nuevo al público en 1827. Este salon, llamado de los Guardias, es muy visitado por todos los extranjeros.

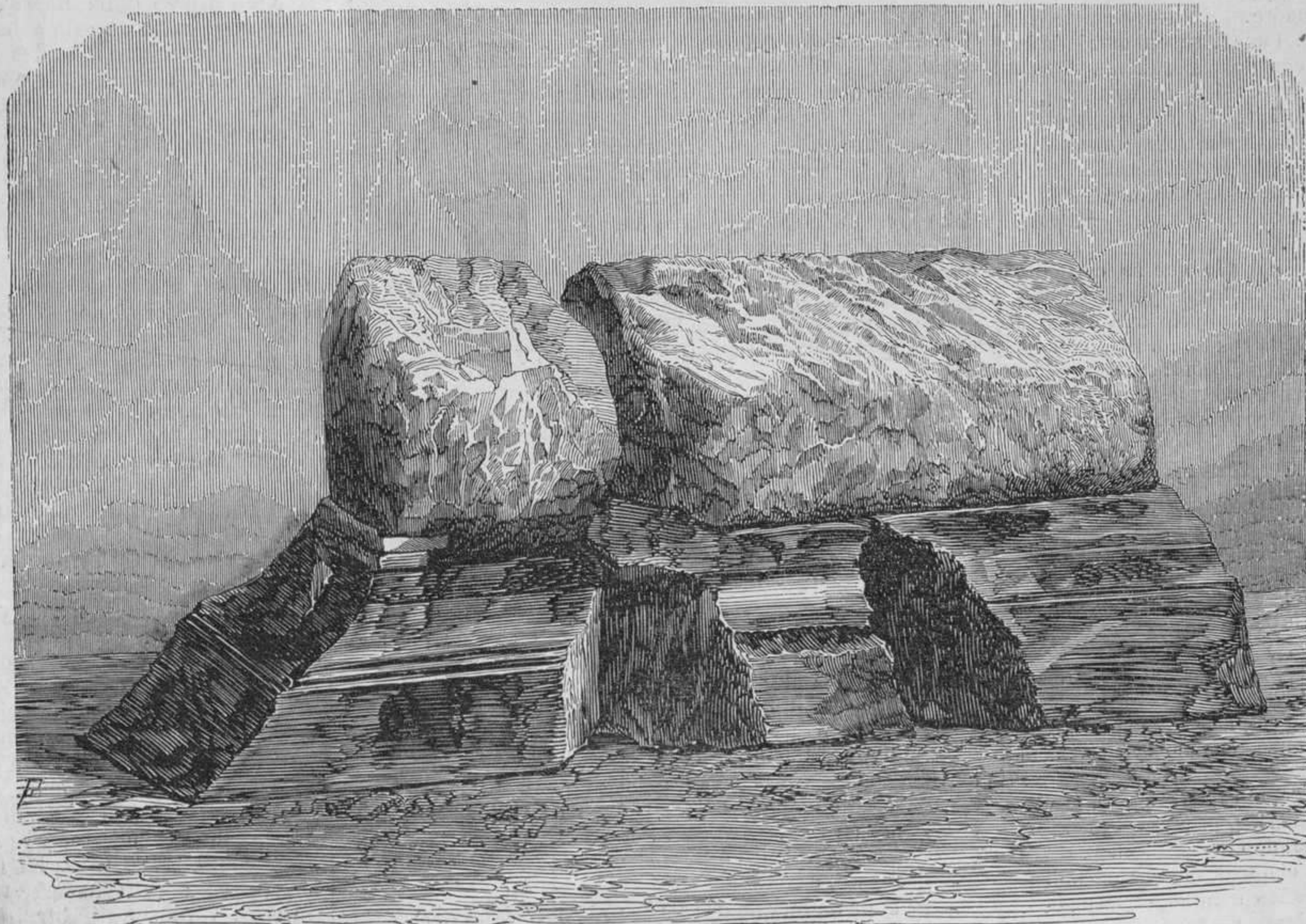
El 24 SS. MM. salieron para Lyon, donde hubo tambien grandes recepciones y fiestas de que hablaremos en el número próximo.

Restos del sepulcro

DE LA REINA BRUNECHILDE, PROCEDENTES DE LA ABADIA DE SAN MARTIN DE AUTUN.

Estos preciosos restos existen todavía en Autun en el estado en que se ven en nuestro dibujo. — La inscripción no es de la misma fecha que el sepulcro; la erección de este data del siglo VII, en tanto que la inscripción renovada por la piadosa solicitud de monseñor Cortois de Quincey, obispo de Autun y abad de San Martin, es del siglo último.

La abadía de San Martin fundada á fines del siglo VI por la reina Brunehilde, fué destinada á recibir mas de trescientos monjes. Su ilustre fundadora quiso hacer de ella un monumento notable no solo por su extensión, sino tambien por la elección y el trabajo de los materiales. Sobre todo en la basílica quiso desplegar



SEPULCRO DE LA REINA BRUNECHILDE, PROCEDENTE DE LA ABADIA DE SAN MARTIN DE AUTUN.

todo el lujo de los mas ricos ornatos; veíanse allí mosaicos, dorados, esculturas preciosas; los templos paganos tan numerosos en Augustodunum suministraron los mas ricos mármoles de Italia, de Sicilia, de Grecia y de Egipto. Casi todas las riquezas con que la magnificencia romana quiso rodear á sus falsos dioses, fueron arrancadas de sus templos, y en la distribución de estos despojos parece se llevó la mejor parte la abadía de Brunechilde. Su basílica contaba mas de cuarenta columnas; su forma era la de las basílicas constantinianas. Una cripta reinaba bajo una parte del edificio, y allí fueron recogidos en el sepulcro que figura nuestro grabado, los restos del cuerpo de la infortunada princesa. Sabido es que fué condenada por su sobrino Clotario II á un suplicio horrible; la ataron del pelo á la cola de un caballo indómito y murió arrastrada.

Tal fué segun las tradiciones de la historia el horrendo fin de ese noble vástago de los reyes godos de España; de aquella mujer (traducimos la inscripción) que «hija, hermana, esposa, madre y abuela de reyes poderosos, estuvo eminentemente dotada de las cualidades mas notables del cuerpo y del espíritu; de aquella mujer que se hizo doblemente célebre por el celo religioso que dió pruebas en la propaganda de la fe cristiana, y por la increíble magnificencia que desplegó en la erección y fundación de basílicas, hospicios, monasterios y fortalezas, así como en la construcción de calzadas, vías públicas, etc., etc.» — Añadiremos que algunas de esas calzadas conservan todavía el nombre de Brunechilde.

Los restos del sepulcro que ofrecemos así, aunque mutilados como están, conservan á los ojos del arqueólogo toda su importancia histórica. En efecto, por su antigüedad tocan en cierto modo á la cuna de la monarquía francesa; y además, han abrigado durante algunos siglos las cenizas de una princesa que fué esposa de un rey y que gobernó durante cierto tiempo varias de las mejores provincias de la Francia. B. J.

Revista de Paris.

Se anuncia una gran publicación para el invierno próximo, y es la *Historia de Julio César* escrita por el emperador Napoleón III. Como últimamente ha estado en moda hablar y escribir mucho sobre César, se dice que algunos de los asertos de M. de Lamartine y de M. J. J. Ampère sobre aquel hombre ilustre han chocado á sus admiradores, y entre ellos al emperador de los franceses, quien en su vista habría resuelto tomar la pluma. El emperador, queriendo hacer un trabajo irrefutable sobre todo en cuanto á los hechos, parece que ha sometido el plan de su obra á los hombres mas competentes en historia romana, entre los que se cuentan M. Troplong, presidente del Senado, y M. de Saulcy, miembro del Instituto. Además han pasado á Roma por orden del autor dos periodistas con el encargo de hacer investigaciones y recoger datos sobre el asunto en la biblioteca del Vaticano. Finalmente, se asegura que el emperador quiere dar la mayor latitud á la prensa para que juzgue su obra.

En el Teatro Francés se está representando una comedia en cuatro actos titulada el *Africano*, de M. Ch. Edmond, que obtiene un éxito prodigioso. Como este acontecimiento teatral es el gran suceso de la semana, vamos á extendernos aquí en dar una idea de lo que es esta obra.

Un noble veneciano, el conde Mattei, acibillado de deudas y perseguido por sus acreedores, huye de Venecia, se dirige á Argel y sienta plaza en la legión extranjera.

El conde al hacer esto abandonaba á su mujer, una hermosa italiana de diez y seis años, dejándola sin recursos, sin protección y en vísperas de ser madre.

Un diplomático francés, M. de Lancy, se enamoró de la preciosa Giovanna, y la prodigó con delicadeza los socorros que la eran indispensables. La jóven dió á luz una niña, á quien llamó Lucile en memoria de la madre de su marido.

Sin embargo, pasaba tiempo y no recibía ninguna noticia del conde; se informa y descubre que Mattei había muerto. Lancy se apresura á pedir á Argel la fe de difunto del soldado, y poco tiempo despues se casa con Giovanna, haciéndose el mejor de los padres para su hija.

Diez y seis años han trascurrido desde que se consumó este matrimonio. Lucile es una bonita jóven que desgraciadamente tiene una salud muy frágil. Los médicos la ordenan el aire de los Pirineos, y su madre la conduce á Bagneres de Bigorre. M. de Lancy no puede acompañarlas: su señora llama la atención de todo el mundo por su hermosura.

Un elegante parisiense, el baron Beynadier, que ha podido insinuarse en la intimidad del marido, la hace la corte con el mayor empeño, y la ha seguido á Bagneres. En vano madama de Lancy quiere desanimarle: el baron no se da por vencido; la persecucion de este fatuo llega á ser tan insostenible, que ella se decide á romper lanzas en presencia de una sociedad de personas conocidas. Le declara que sus lisonjas la ofenden, que sus pretensiones la indignan, que si él permanece en Bagneres, ella se irá á Paris, que si él regresa á Paris ella se quedará en Bagneres, y que si mas tarde tiene la osadía de presentarse en su casa, sabrá arrancarle la máscara una vez por todas.

El baron profundamente irritado con esta escena escandalosa, busca una manera de vengarse, cuando la casualidad acude en su ayuda.

Un oficial de la legión extranjera, el capitán Keller, enviado á Bagneres para curarse una gastritis, es un jugador acérrimo y poco afortunado. No pudiendo otra cosa, juega todos los días desde por la mañana con el doctor del establecimiento, que como buen médico de baños tiene que hacer poco. El infeliz capitán ha perdido sucesivamente todo el dinero que tenía encima, con mas algunas alhajas; por fin presenta una miniatura, un retrato de mujer con un círculo de oro.

El doctor no quiere aceptar semejante puesta, y el capitán toma al baron por árbitro del valor de la miniatura.

Beynadier examina la pintura, y encuentra cierto parecido entre el retrato y madama de Lancy; deteniéndose mas, distingue en el marco de oro una cifra formada con las letras G y M, las iniciales de ella cuando vivía su primer marido. Por último, advierte también que el nombre del pintor es un nombre italiano.

Beynadier interroga al capitán sobre la posesión de esa miniatura, y Keller responde que la ha ganado como ofrece perderla. La víspera de su marcha, despues de un banquete en que hubo muchos brindis á su salud, el mejor de sus amigos, el caid Hamza, uno de los comandantes de batallón mas arrojados que tiene la legión extranjera, perdió todo cuanto tenía incluso el medallon.

— ¿Y cómo estaba ese retrato en poder de un árabe? preguntó el baron.

— ¡Un árabe! responde riendo el capitán; el caid Hamza no es un árabe.

— ¿Pues quién es?

— Un cristiano como nosotros.

— ¿Y en dónde ha nacido?

— En Venecia.

— En ese caso debe tener otro nombre.

— Puede ser, pero yo lo ignoro, aunque soy amigo suyo hace doce años. Puesto que no ha juzgado oportuno decirme su nombre, es que tiene sin duda razones para ello; lo que puedo decir es que no conozco un hombre mas valiente.

El baron, diciéndose aficionado á miniaturas, propone cien lises contra el medallon de Keller; el capitán acepta, y como era de esperar pierde el retrato.

Otra casualidad propicia para el baron. Desea escribir al caid Hamza; pero ignora sus señas, y no quiere pedirselas á Keller para no infundirle algunos recelos. Se halla pues en un gran apuro, cuando echa de ver el capitán que hace ocho días lleva en el bolsillo una carta que ha escrito al caid, y que se ha olvidado de arrojar al correo. El sobre está arrugado y pone otro. El baron se apresura á recoger el primero, que le suministra oportunamente las señas que anhelaba.

¿Porqué el baron tiene la idea de escribir al caid? — Es por satisfacer su venganza.

Al ver el parecido del medallon de Keller con madama de Lancy, al descubrir la cifra formada con las iniciales de esta señora cuando vivía su primer marido, al saber que el primer poseedor de esta miniatura era un oficial de la legión extranjera, veneciano y que vive con un nombre supuesto, ha sospechado inmediatamente que el caid Hamza debía ser el conde Mattei, el primer marido de madama de Lancy.

Así es en efecto. Y el caid Hamza al recibir la carta del baron, que es para él un desconocido, se pone en camino para Paris, y llega á la habitacion que le estaba dispuesta.

— ¿Qué milagro es este? le dice su amigo el capitán; ¿tú en Paris?

— Sí; es una aventura extraordinaria. Figúrate que un día acababa yo de cobrar mi paga miserable, y pensaba melancólicamente en lo mucho que me faltaba para pagar á mis acreedores, cuando me entregan una carta de Paris... La letra me era desconocida; la abro, ¿y qué encuentro? Diez mil francos en billetes de banco.

— ¿Qué suerte! ¿Y de dónde te venía esa fortuna?

— Un buen amigo que ni de nombre conozco, me suplicaba que dejara el Africa por algunos meses para venir á Paris sin tardanza, donde me esperaban los placeres y la alegría; justamente ardía yo en deseos de venir á Europa, y la ocasión...

— No podía ser mejor, seguramente; pero dime, ¿y has podido conservar ese dinero sin jugarle?

— Amigo mio estuve á punto de perderlo todo; pero quiso Dios que no solo recobrara lo perdido, sino que dejara limpios á todos los compañeros que había reunido en un banquete de despedida.

El baron tiene pues en Paris al que ha de ser instrumento de su terrible venganza.

Así es que se apresura á visitarle para agradecerle su venida por unos simples renglones que le había escrito.

— No me habeis escrito una carta, exclamó el caid; me habeis tendido una mano y vengo á estrecharla entre las mías.

El baron se propone lanzarle en el torbellino de todos los placeres, y principia por darle una carta para una señora del gran mundo, de quien será muy bien recibido.

Esta señora es madama de Lancy, en cuya casa se introduce el caid ignorando el papel que representa, y entrega el fatal billete.

Madama de Lancy lee estas líneas:

«Al severo apóstrofe de Bigorre yo tarde ó temprano debía una respuesta. Mirad con atención al portador de esta carta.»

— ¡Mi mujer! exclama el caid.

— Vuestro nombre, por Dios, decidme vuestro nombre.

— Tengo dos nombres, lo mismo que vos... el uno, que conocen muchas personas, es el del caid Hamza... el otro, cuyo secreto vos sola poseis aquí, es el del conde Leone Mattei.

— ¡Vivo!

— Mi resurrección debe pareceros extraña; pero ¿qué queréis? Todas las cosas tienen su razón; uno se casa... se separa. Yo tenía veinte años y era un loco; vos teniais diez y seis, y quizá os faltó un poquito de paciencia.

— Pero, ¿y los papeles que recibí? ¿vuestra fe de difunto?

— Nada mas auténtico; me dieron por muerto despues de una batalla, y aproveché el error para burlar á mis acreedores, que no hicieron por cierto lo que vos; ¡ellos me escribían! Pero en fin, ¿qué lujo es este? Os vuelvo á encontrar tan hermosa...

— Caballero, ese lenguaje...

— Es el de un marido que vuelve al hogar doméstico.

— ¡Cómo! ¿Yo estoy casada con otro!...

— ¡Ah! Es verdad, madama de Lancy...

— Con el mejor de todos los hombres...

— Pues nada, voy á tocar esa campanilla para hacerle venir y arrojarle por la escalera...

— ¿Estais loco? ¿Quereis matarme?

Aparece Lucile; el caid la mira atentamente y dice con dulzura:

— ¡Nuestra hija!

— Mi hija, caballero, pobre huérfana abandonada antes de nacer... nacida en la desesperación... criada en las lágrimas... esa criatura ha bebido en mi seno mis dolores y mis angustias; por eso desde su edad mas tierna no ha hecho mas que luchar contra la muerte, y cada minuto de su existencia es como un milagro del cielo.

El caid se enternece profundamente; tiene una hija, una hija que reza todas las noches por el descanso de su alma...

— Os juro que ya nada teneis que temer de mí... Miradme bien; el conde Leone Mattei no existe, y el caid Hamza es un personaje indiferente para todo el mundo. ¿Qué soy ahora? Un fantasma como habeis dicho; un fantasma que debe desvanecerse para no turbar la felicidad de Lucile.

Pero ¿porqué ha sido llamado? ¿qué significa su venida, su presencia en aquella casa?

— Os habeis prestado á una intriga odiosa; sois el instrumento de un hombre infame, de un hombre que se venga porque he rechazado su amor; ¿comprendeis ahora?

— ¡Ah! ¡miserable!... Os salvaré.

— No; el único hombre que tenga derecho para salvarme, es M. de Lancy.

— Giovanna, ni una palabra á nadie.

— Quiero que mi marido me juzgue y me defienda.

En la escena siguiente está la gran situación del drama, y podríamos decir que su desenlace también, aunque todavía nos falta un acto.

Giovanna lo descubre todo á M. de Lancy en presencia del baron; el caid desafía á este, y M. de Lancy se promete batiarse con aquel de esos dos hombres que queda vivo.

Sin embargo, muere el baron, y el caid se oculta despues de haber escrito una carta de despedida. Se oculta no por ver á su antigua esposa, sino por admirar á su querida hija; esa hija suya que llama padre á otro, y á quien le es imposible descubrirse.

Esta lucha llena el acto cuarto, provocando peripecias dramáticas de alto interés entre los principales personajes; lucha que se termina al fin cuando ve el desgraciado padre que su hija se casa con el hombre que ama. Reconciliado con M. de Lancy, se despide de él para siempre, despues de regalar á su amigo Keller sus armas y su caballo.

Por esta relación del argumento se comprenderá cuán dramática es la situación que hemos señalado; aunque no es nueva, produce siempre un gran efecto. A decir verdad, ahí está todo el drama; pues lo restante es un tejido de preparaciones para esta situación mas ó menos verosímiles y mas ó menos hábiles, que los incomparables artistas del Teatro Francés hacen sobrellevar al público á fuerza de gracias y perfecciones de ejecución que escapan á todo análisis.

MARIANO URRABIETA

El Cerro de los Duendes.

CUENTO ALEMÁN.

Estaban unos lagartos platicando en una hendidura de un árbol venerable, y unos y otros se entendían perfectamente, pues conversaban en lengua lagarta. ¿Qué bullicio y qué algazara anda por allá en el cerro de los Duendes! dijo uno de ellos. Hace dos noches que no he podido pegar los ojos; ni que hubiese tenido un fuerte dolor de muelas.

Algo nuevo debe haber, dijo otro lagarto, desde el canto del gallo de esta alborada el cerro ha sido apuntalado con cuatro grandes estacas, y lo han ventilado mucho. Algo de nuevo debe de haber.

Así es replicó el tercer lagarto, y yo he hablado de ello con un gusano mi amigo, que acababa de llegar del cerro, en donde ha estado día y noche arrastrándose por el suelo. Ha oído muchas cosas. En cuanto á ver, ya sabeis que el pobre es casi ciego, aunque se pinta solo para escudriñar y husmear cuanto pasa. Ello es que en el cerro esperan la llegada de una gran comitiva; pero quienes sean los que han de venir, el gusano, ó no supo, ó no quiso decírmelo. Están apalabrados con esta ocasión todos los fuegos fatuos de la comarca, para una de esas vistosas procesiones que llaman de antorchas, y todo el oro y la plata, de que hay en el monte grande abundancia, ha de ser pulido y expuesto al claro de la luna.

Pero, en suma ¿quiénes seran estos huéspedes? preguntábanse todos los largatos. Algo nuevo debe de haber por allá. Oid como anda la gresca en el monte!

En esto se abrió el cerro de los duendes; y de la caverna salió brincando una dueña duende, que era la mayordoma del rey del cerro, algo pariente, aunque lejana, de la real familia, y muy entendida en eso de manejar con economía los andares de una casa. Llevaba en la frente un corazón de ámbar; en lo demás iba vestida con traje casero. Corría, y corría; pero tan ligera, como si no contase sino quince abrilés; que no era poco, pues no bajaba de los setenta. Y así corriendo y brincando, bajó hasta la playa del mar, hácia donde estaba el cuervo nocturno.

Estás convidado para el cerro de los Duendes esta misma noche, le dijo, y nos harás un servicio con encargarte de llevar todos los recados de convite. Algo has de trabajar para hacerte útil, ya que no tienes casa puesta. Vamos á recibir huéspedes de alta categoría, encantadores, que vienen á tratar de un asunto grave, y el rey de los duendes quiere recibirlos de gran gala. ¿Y á quien tengo que convidar?

Todo el mundo puede venir á nuestro baile, hasta los seres humanos, con tal que no hablen durante su sueño, ni hagan nada de lo que pertenece á nuestra profesion. Pero los convidados han de ser muy selectos, y no admitiremos en la mesa y en la sala principales sino á los personajes de mas alto rango. He tenido sobre esto una disputa con el rey; pues yo era de parecer que no debiamos admitir á ningun espectro. La sirena macho y sus hijas han de ser de los primeros convidados, y como acaso no les gustaria pasar la noche en tierra enjuta, se les preparará una roca mojada, ó tal vez algo mas acomodado, en que se sienten; de suerte que esta vez no es de creer que rehusen el convite. Tambien hemos de tener en la reunion á todos los diablos de primera clase que cargan rabo, á los espíritus y á los gnomos, y por supuesto no hay que olvidar al puerco de la tumba, ni al caballo de la muerte, ni al enano del cementerio. Es verdad que mas bien pertenecen al mundo de los espíritus que al nuestro; pero esto es solo en virtud de su oficio, pues en lo demás son muy parientes nuestros y con frecuencia nos visitan.

Oido esto, el cuervo de la noche dió un graznido y voló presuroso á invitar á los convidados.

Las sílfides del cerro de los Duendes estaban ya danzando; y danzaban adornadas con chales de neblina y de claro de luna, que era lo mas lindo que podia verse para quien de ello gusta. El gran salón de baile, en el centro del cerro, estaba encantadoramente embellecido en aquella noche: el pavimento se habia lavado con manteca de brujas y las paredes con rayos de la luna, de suerte que resplandecian á la luz de los candelabros como tulipanes á la del sol. En las cocinas se estaban preparando multitud de platos á cual mas exquisito: ranas asadas, escamas de sierpe y una ensalada de semilla de setas con hocicos de ratas, y hojas de cicuta. Habia dispuesta mucha cerveza, de la cerveceria de la mujer del pantano, y vino añejo, de salitre sacado de las bóvedas de un cementerio.

Además de todas estas viandas sólidas y bebidas confortantes, habia para los postres clavos enmohecidos y picadillo de cristales de iglesia.

El viejo rey de los duendes llevaba puesta en la cabeza su corona de oro, pulida con polvos de lápiz de pizarra; y de la pizarra mas escasa, muy difícil de conseguir para un rey de duendes. En su cuarto de dormir habia ricas colgaduras prendidas con baba de caracol. Todo estaba animado; con mucho ir y venir de doncellas y de dueñas duendes, que atendian al arreglo del festin. Y el ruido era grande, y aun crecia de punto á cada instante.

Ahora tenemos que perfumar este sitio con crines de caballo y cerdas de erizo, y por mi parte habré terminado la tarea; dijo la dueña mayordoma.

Papá, dijo la hija menor del rey, ¿quereis decirme quiénes son nuestros ilustres huéspedes?

¿Porqué no? replicó el rey. Dos de mis hijas han de estar hoy preparadas para casarse; por que dos de ellas hoy sin falta se casarán. El anciano gnomo de Noruega que vive en las recónditas y célebres montañas de Dovre, y que posee en aquellas escarpadas peñas gran número de castillos, además de una mina de oro que se considera como una de las mas ricas, va á venir aquí con sus dos hijos, que andan buscando esposa. El viejo gnomo es un anciano noruego, de corazón abierto, honrado, jovial y muy cortés. Le conocí yo, hace muchos años, cuando soliamos brindar juntos por nuestra amistad. Aquí vino tambien á buscar su esposa, que está ya difunta, y que era hija del rey de las minas de cal de Mön. ¡Oh! ¡y cuánto me tarda el volver á ver al viejo gnomo de Noruega, mi antiguo camarada! Me dicen que sus hijos son muy mal criados; dos mozos muy impertinentes; pero tal vez se les calumnia, y además pueden ir mejorando á medida que vayan creciendo en años. Hagamos de modo que aprendan buenas maneras de nuestra familia.

¿Y cuando estarán aquí? preguntó otra de las hijas. Esto depende del viento y del tiempo, contestó el rey de los duendes. Viajan con economía y han aguardado á que salga una embarcacion para acá. Yo queria que viniesen al través de Suecia; pero el viejo gnomo no gustaba de esta travesía. Es persona que no sigue el progreso de los tiempos, y esto es cosa que me desagradaba mucho en él.

En esto viéronse dos fuegos fatuos, que venian navegando, uno mas de prisa que el otro, y por consiguiente aquel llegó primero.

¡Aquí están! ¡Aquí están! gritaron todos los del cerro. Dadme mi corona; que voy á esperarles en el claro de la luna.

Las hijas levantaron los chales y se inclinaron, haciendo una profunda reverencia hasta el suelo. Allí estaba el viejo gnomo de Dovre, con su corona de hielo macizo rematada con pomos de abetos. Llevaba una piel de oso, y grandes zapatones de becerro; pero sus dos hijos venian con el pescuezo desnudo y sin abrazaderas; pues eran mozos robustos.

¿Es este un cerro? preguntó el menor de ellos, indicando el de los Duendes. En nuestro pais lo llamaríamos, á lo mas, una hondonada.

¡Muchachos! la hondonada se encoge hácia dentro; el cerro se eleva para fuera. ¿No teneis ojos para ver, ni cabeza para discernir? Así les dijo el viejo de Noruega, algo mohino por cierto.

La sola cosa que les pareció bien por allá fué que podian comprender la lengua que allí se hablaba, aunque con algun trabajo.

Tened cuenta con lo que decís, añadió el viejo; no parece sino que sois dos cachorros mal nacidos.

Entraron todos en el cerro de los Duendes, en donde estaba ya esperándoles la selecta asamblea, la cual se habia reunido allí en un instante. Los preparativos para tratar debidamente á cada uno de los huéspedes y convidados segun su clase ó inclinaciones, eran hábilmente dispuestos. Los habitantes del mar estaban sentados á la mesa en grandes cubos de agua, y decian que en efecto se encontraban como en casa. Todos se portaron muy bien durante el banquete; excepto los jóvenes gnomos del Norte, que se sentaban poniendo los pies sobre la mesa; pues creian que todo les era lícito.

¡Quitad esas patas de la mesa! les dijo regañándoles el viejo gnomo, y le obedecieron, aunque con repugnancia, y no sin que se lo tuviese que repetir. Hacian cosquillas á las damas duendes que les servian, con piñas de abeto que llevaban en las faltriqueras: luego se quitaron las botas para estar mas á gusto, y se las dieron á ellas para que las guardasen en lugar seguro. Pedro su padre era toda otra cosa; habló de una manera sumamente agradable de sus elevadas peñas del Norte, y de las cascadas que de ellas se desplomaban entre nubes y ruidosa espuma, y de los salmones que brincaban por entre aquellas olas, mientras que el dios de las aguas pulsaba su arpa de oro, y de las bellas noches de invierno, durante las cuales se oye el sonido alegre de los cascabeles de los trineos y se deslizan los muchachos con antorchas encendidas por el suelo de hielo, tan trasparente, que en él se reflejan y debajo miran á los peces que asustados se ahuyentan presurosos. Hizo toda esta relacion tan al vivo, que todos podian ver y oír las cosas que estaba refiriéndoles; y despues de esto el viejo gnomo dió á la dueña un resonante beso; y eso que no eran ni parientes.

Terminado el banquete, salieron á bailar las jóvenes duendes, primeramente una danza sencilla, luego otra con figuras y evoluciones, que daba gusto verlas, y al fin bailaron un paso de carácter. Y ¡con qué gracia mecian sus cuerpos de sílfide y resbalaban los pies por el suelo casi sin tocarle! Era tal el laberinto de sus figuras, y la rapidez con que las ejecutaban, que apenas podia distinguirse cuáles fuesen los brazos y cuáles las piernas. Parecia aquello un molino de aserrar en movimiento. Y así fueron danzando, y dando vueltas y revueltas, y meciéndose, como personas en columpio, hasta que el caballo de la muerte y el puerco de la tumba se sintieron ya tan aturugados y enfermos, de lo mucho que habian comido, que tuvieron que levantarse de la mesa; con lo cual se suspendió la danza.

¡Magnífico ha estado todo esto! dijo el rey de Dovre; pero ¿qué otra cosa saben hacer estas muchachas fuera de bailar y revolverse como torbellinos?

Ahora lo vereis, contestó el rey de los duendes, y llamó á la mayor de sus hijas. Era esta sumamente delgada, y tan trasparente como un rayo de la luna. Cogió una astilla de palo blanco, se la puso en la boca, y al punto desapareció como por ensalmo. Esta era su habilidad.

Pero el viejo dijo que no le gustaria semejante virtud, en mujer que hubiese de ser su esposa, y pensaba que sus dos hijos serian del mismo parecer.

Otra podia bailar al rededor de sí misma, como si tuviese una sombra: la cual no tienen los gnomos.

La tercera era por otro estilo; habia aprendido algunas cosas en la cerveceria de la esposa del pantano, y adquirido todo el arte y el misterio de rellenar almondiguillas de carne mechada de duende con luciérnagas.

Esta hará una buena mayordoma, dijo el viejogno, asomando no mas los labios á la copa; pues era muy sóbrio y no queria emborracharse aquella noche.

Vino en esto la cuarta de las hijas, con un arpa, y apenas vibró la primera cuerda, todos los que estaban allí presentes se sintieron forzados á levantar el pié izquierdo; pues los gnomos son zurdos del pié. Y cuando vibro la segunda cuerda todos tuvieron que hacer cuanto la hija del rey queria que hiciesen.

Esta seria esposa muy peligrosa, dijo el viejo, mientras que sus dos hijos se salian del salon, porque estaban ya fastidiados.

¿Y qué sabe hacer la otra hija? preguntó el anciano rey de Dovre.

He aprendido á amar cuanto es de Noruega, contestó la quinta de las hijas, y jamás me casaré si no es para ir á aquel pais.

Pero la mas chica de las niñas dijo en voz baja al oído del viejo gnomo: — Esto es porque ha oido en la cancion noruega que cuando llegue el otro diluvio, que ha de ahogar al mundo, los cerros del Norte sobrenadando por encima de la gran inundacion, como otras tantas losas sepulcrales, y por esto quiere ir á vivir en aquellas peñas elevadas; pues le da miedo la muerte.

¡Ah! ¡ah! exclamó el viejo. ¿Con que por esto y no mas quiere á los noruegos? Mas ¿qué sabe hacer la sétima y última de vuestras hijas?

Antes de la sétima hay todavía la sexta, respondió el rey de los duendes, que sabia un poco de cuentas. Pero la sexta hija no quiso salir en medio de la sala, como habian hecho sus hermanas duendes. Se quedó sentada en un rincon, y desde allí dijo:

— Yo no sé mas que decir las verdades á la gente. Ni los demás piensan en mí, ni yo me intereso en los demás: estoy exclusivamente dedicada á prepararme para morir, y bastante tengo que hacer con coser mi mortaja.

Por fin salió la sétima hija, diciendo que sabia contar cuentos, y que nunca se le acababan.

Ahí están mis cinco dedos, díjole el viejo; me vas á contar un cuento por cada uno.

La muchacha duende le cogió la mano y comenzó á

contarle una historia, y luego otra, y otra mas, y el viejo se reia, hasta poco menos que reventar. Y al cabo de la tercera conseja, cuando la sétima hija del rey de los duendes llegó al cuarto dedo del rey noruego, en cuyo dedo tenia este una sortija, que estaba como si supiese que allí habia de haber boda muy pronto, el viejo dijo á la muchacha: Aprieta recio lo que has cogido, esta mano es tuya, voy á casarme contigo en este momento.

La niña le hizo observar que aun faltaban dos cuentos de los cinco prometidos; pero el rey de Dovre le contestó:

No importa: me los contarás durante el invierno. Tiempo tendremos, y me hablarás del abeto y del abedul, y de los regalos de los espíritus, y de la rígida escarcha. Todos los cuentos que quisieres me podrás contar cuando estemos en Noruega; porque allí nadie sabe contarlos. Y allí estaremos en el salon de roca, en donde arde un fuego de oloroso pino, y beberemos cerveza en las copas de cuernos que he heredado de los antiguos reyes de Noruega. Dos de ellas me dió el dios de las aguas. Allí nos divertiremos en nuestros festines y llegará á visitarnos la ninfa de las aguas, y nos cantará todos los cantos de las pastoras de la montaña. Entre tanto el salmon brincará dentro de las aguas de la cascada, besando con la cola las paredes de roca; pero no podrá saltar por ellas. Es agradable, muy agradable, el vivir en Noruega. ¿Pero dónde están mis dos hijos?

¿En dónde? Estaban fuera de la casa, apagando á soplos los fuegos fatuos que habian tenido la cortesía de venir para la procesion de las antorchas.

Sois un par de traviesos, sin pizca de juicio, les dijo el viejo, y añadió: sabed que os he elegido una nueva madre; con que, si quereis casaros, coged á alguna de vuestras tías.

Mas los muchachos prefirieron quedarse solteros. Hicieron una arenga, felicitando á los novios y bebieron á su salud. Se quitaron luego los vestidos exteriores, y se acostaron sobre los manteles de la mesa; pues se consideraban ya como de casa.

El viejo gnomo bailó con su novia, y ambos trocaron los zapatos, que es aun mas gracioso que trocar los anillos.

Ya va á cantar el gallo! gritó en esto con gangosa voz la vieja dueña mayordoma. Es menester que cerremos las puertas para que el sol no nos acribille.

Y se cerró el Cerro de los Duendes.

Pero los lagartos siguieron subiéndolo y bajándolo por las grietas del árbol, y se decian uno á otro: ¡cuánto me ha gustado el gnomo de Noruega!

Mas me gustaron sus hijos, dijo el gusano. ¡Pero el mísero animal estaba ciego!

Fiesta de beneficencia en Grenoble

CON MOTIVO DE LA ANEXION DE LA SABOYA.

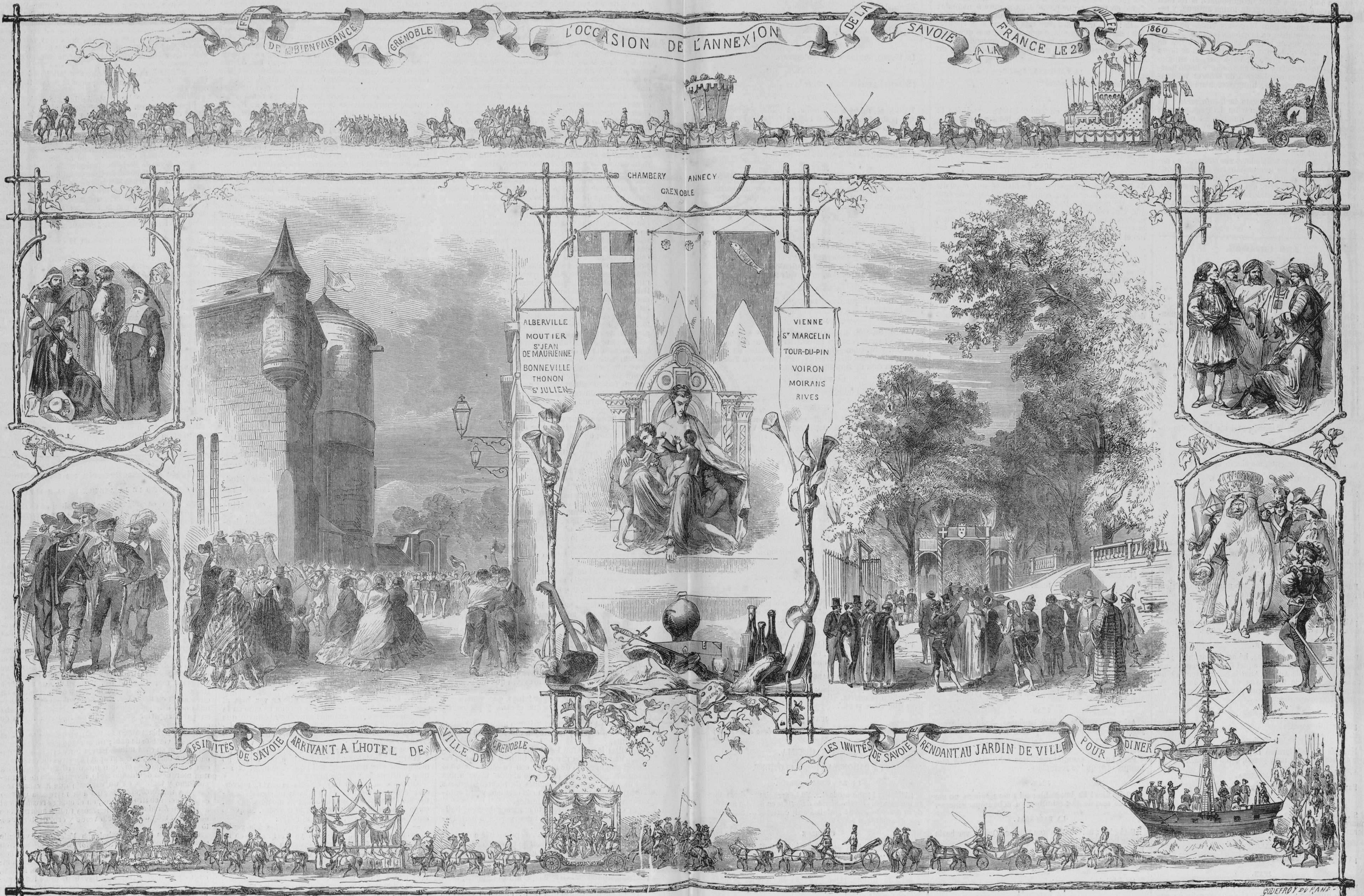
Esta fiesta, organizada por los habitantes de Grenoble, se celebró el 22 de julio último, en presencia de una inmensa muchedumbre que habia acudido á ella de diez leguas en contorno.

Dos comisarios montados en hermosos caballos abrian la marcha, uno de oficial de húsares, uniforme azul y blanco, y otro de jockey con una chaquetilla rosa y blanca y la gorra de los mismos colores. Les seguian tres abanderados con las armas de la ciudad de Grenoble, y seis trompeteros á caballo con los trajes de heraldos de armas. Detrás iba el escuadron de los mosqueteros de la reina: llevaba á su cabeza tres jinetes lujosamente vestidos, que figuraban el capitán *Rolando*, *Olicerio de Entraques* y *Hector de Biron*; y se componia además de otros nueve mosqueteros que representaban los jóvenes y elegantes caballeros de las damas de honor de la reina.

El grupo siguiente estaba formado por los músicos del 5º de artilleria con uniformes escoceses. Despues el cortejo cambiaba de aspecto, y el gigantesco jarron de las limosnas arrastrado por seis caballos blancos se avanzaba majestuosamente, pareciendo que se queria tragar en beneficio de los pobres toda la moneda en circulacion en Grenoble. Esta urna colosal estaba adornada con dibujos chinoscos en el exterior y rodeaba su parte superior un baldaquino rojo con franja de oro.

Apenas habia pasado se veian aparecer dos nobles españoles vestidos de azul; un anciano propietario normando con su cara mitad, pareja muy original montada en un borrico, y dos grupos sucesivos de personajes con vestidos grotescos, que luego cedian el puesto á una marquesa del último siglo, acompañada de su mayordomo y tendida en un carruaje que llevaban tres caballos microscópicos. Seguía á la marquesa un rico carruaje con cuatro caballos, en el cual se reconocia al almirante *Loredan* por su hermosa túnica adornada de pedrerías, toda de terciopelo verde y oro, del tercer acto de *Haydée*.

Despues de *Loredan* cabalgaba *Valentin*, el valiente soldado hermano de la rubia *Margarita de Fausto*, en compañía de uno de los caballeros de Carlos VI, *Dunois* ó *Lahire*. Luego marchaba un grupo simbólico, compuesto de dos trovadores que representaban la Música, cuyas principales insignias llevaban. Estos iban vendiendo, á beneficio de los indigentes, polkas mazurkas debidas á la inspiracion de jóvenes aficionados de talento.



D. RAHOULT. INV.

GODEFROY DU RANP.

FIESTAS DE CARIDAD EN GRENOBLE COMO MOTIVO DE LA ANEXION DE LA SABOYA.

El carro destinado á servir de emblema á la reunion de la Saboya á la Francia era de forma antigua, y estaba dispuesto con un lujo artístico. Llevaba un enjambre de jóvenes con vestidos blancos y cintas de color de rosa, que ostentaban en la cabeza las coronas murales, y representaban las poblaciones principales de la Saboya y del Isere. En una carroza cubierta de flores y de follaje aparecía luego Abd-el-Kader, el antiguo enemigo de la Francia y hoy su aliado, y luego marchaba una escuadra caballeresca de señores venecianos, españoles, marqueses, húngaros, bandidos de la Calabria, etc.

Cerraban el cortejo la fragata la *Bienfaisante* y un cheik árabe seguido de toda su tribu. La fragata estaba tan bien construida y armada, que parecía un buque verdadero; nada faltaba en ella; era seguramente la novedad mas brillante de la fiesta. El cheik y sus compañeros del desierto llamaban igualmente la atención de todo el público.

Muchas cosas hemos señalado, y sin embargo no hemos dicho nada de los que pedían las limosnas, que formaban ellos solos una verdadera falange, y se distinguían á la vez por el celo, el buen gusto, la gracia ó la originalidad de sus vestiduras.

La fiesta fué completa: banquete, paseo veneciano, fuegos artificiales, nada faltó, sobre todo el entusiasmo.
P. P.

LOS CRIADOS.

CONVERSACION EN UN ACTO.

(Conclusion.)

JUAN.

¡Oh! señora baronesa, eso no; y además aun cuando hubiera visto alguna cosa... yo... en mi posición... quiero decir que después del descubrimiento que acabo de hacer, no puedo decorosamente continuar...

LA BARONESA.

Sin embargo, bueno sería continuar, y quizá sería mejor concluir.

JUAN.

Vaya, veo que estais de mal talante.

LA BARONESA.

Es verdad, y llega á tanto que si me haces otra observación de ese género...

JUAN.

Me alegro; francamente, me alegro veros así.

LA BARONESA, encolerizada.

¡Ah! ¡es demasiado!

JUAN.

Me cuesta tanto tener que salir de esta casa, que celebros ver que tampoco vos estais contenta.

LA BARONESA.

Si hubiera podido sentirlo antes, lo que es ahora me felicito de ello.

JUAN.

Pues bien, me alegro, me alegro mucho; no quisiera daros una pesadumbre muy grande.

LA BARONESA, riendo á carcajadas.

¡Ah! Esto se vuelve una comedia. (*Se sienta.*) Juan, ahora puedes decir todo lo que se te antoje.

JUAN.

Pues bien, en dos palabras, hé aqui el asunto. ¿Sin duda habreis oido hablar de aquel famoso Laporte, que fué primer paje de Ana de Austria?... No, veo que no os acordais... no le hace. Ana de Austria fué en su tiempo reina de Francia segun parece... en suma, yo he descubierto que desciendo...

LA BARONESA.

¿De Ana de Austria?

JUAN.

No, señora; del famoso Laporte. Poseo las pruebas por escrito en papel muy gordo, como se usa...

LA BARONESA.

Para tapar los tarros de dulce.

JUAN.

Sí, señora, mojado en aguardiente para que no se pudran; bien conoceréis que en vista de esto no puedo permanecer mas tiempo al servicio...

LA BARONESA.

¡Ah! ¿Renuncias á servir?

JUAN.

No del todo, no; eso dependerá de muchas cosas. Lo cierto es que por ahora tengo el dolor de salir de esta casa donde tan bien me habeis tratado. Sin ir mas le-

jos que la noche pasada, me estaba yo diciendo pensando en vos, porque pienso en vos muy á menudo: ¡Qué lástima que no se pueda hallar un modo de arreglarlo! Sería magnífico para una casa como la vuestra, una casa tan distinguida, donde no viene mas que gente aristocrática... tener en la antesala un descendiente del famoso Laporte, con su gran librea... ¡produciría un efecto!...

LA BARONESA, aparte.

¿Adónde vendrá á parar?

JUAN.

Se hablaría de eso en todo el barrio... se diría: Es una gran casa... hasta los criados, todos son nobles.

LA BARONESA, con indiferencia.

¡Oh! el barrio de San German está muy frio, ha visto tantas cosas!...

JUAN.

Ninguna de esta especie; un Laporte, un noble, criado en casa de una modista... Yo bien sé que en el día todo el mundo es noble, como la que ha salido de aquí hace un momento. Por esa razón ganais menos cada día, y os veis reducida á tener que trabajar para advenedizas como la famosa condesa; pero si añadiérais á la atracción de vuestra casa el cebo de un nombre como el mio, sería muy diferente.

LA BARONESA.

No acierto cuál es tu propósito; pero veo que raciocinas mucho; casi principio á creer que no te desviaste de tus estudios, como tú dices.

JUAN.

¡Oh! desgraciadamente es verdad; así, reflexionándolo bien, si quisiérais hacerme una pequeña concesión, en vuestro interés está, si quisiérais elevar mi salario á dos mil francos no mas...

LA BARONESA, aparte.

Al fin se ha descubierto. (*Alto.*) ¿Dos mil francos?

JUAN.

Sí, señora; dos mil francos y es de balde.

LA BARONESA.

Juan, vamos al cuento. ¿Con que tantos rodeos y tantas protestas de gratitud y de afecto son para concluir con una petición de dos mil francos de salario?

JUAN.

¿Qué quereis? No es por interés; pero sabiendo quién soy, no puedo servir por menos: nobleza obliga. — Mas aun, me atrevo á decir que soy modesto, que hasta os hago una gran concesión; me han ofrecido mas y no hace mucho tiempo.

LA BARONESA.

¿Cuánto tiempo hace?

JUAN.

Algunos minutos. Ha sido la señora que sale de aquí.

LA BARONESA.

¿La condesa?

JUAN.

La misma.

LA BARONESA.

¿De modo que estoy rodeada de lazos, de mentiras; no tengo mas que enemigos?

JUAN.

Sí, señora; y saldreis mal en la lucha; una mujer sola, sin protector... aquí lo que falta es un hombre.

LA BARONESA.

¿Quién lo habria creído!... ¡con sus protestas de amistad!...

JUAN.

Así va el mundo, señora baronesa. — Sin embargo, justo es decir que os habia prevenido.

LA BARONESA.

Pero en fin, siempre me darás ocho días para que busque otro que te reemplace.

JUAN.

¡Ocho días! Es imposible; mi nueva señora no me ha dado mas de diez minutos; ya debe impacientarse.

LA BARONESA.

Está bien; márchate ahora mismo. Quería ver hasta dónde llevarías la ingratitud, y ahora estoy satisfecha. Por nada me quedaria contigo. No descienes tú de Laporte, sino de Scapin.

JUAN.

Me adúlais.

LA BARONESA.

De Mascarille.

JUAN.

Es mucho honor.

LA BARONESA.

Y por las mujeres, de Figaro.

JUAN.

De Figaro, Susana... pero entonces...

LA BARONESA.

¡Susana! ¿sabias mi nombre?

JUAN.

Todo lo sé, mi querida Susana. ¿Y tú has olvidado ya aquel pastorcillo con quien cogias fresas en los fosos del castillo de San Lucas?

LA BARONESA.

¡Juanillo! ¡cómo! ¿aquel Juanillo?...

JUAN.

Sí, aquel Juanillo, en su calidad de descendiente de Figaro, está representando una comedia hace un cuarto de hora para llegar á decirte que te ama, y que se atreve á pedir tu mano...

LA BARONESA.

Entonces, la condesa...

JUAN.

Lo de la condesa es verdad; por cierto que está esperando mi contestación en la esquina de la calle, y yo espero la tuya de rodillas, mi amada Susana.

LA BARONESA.

Yo... no diría que no... pero ¿qué dirá la gente?... ¡Una baronesa!

JUAN.

Vamos, Susana, el difunto baron, ya te acordarás, no nació baron... era un baron... el respeto me cierra la boca... y tú, cuando se casó contigo, estabas en casa de su madre, poco mas ó menos, como estaba tu abuela Susana en casa de la condesa de Almaviva.

LA BARONESA.

¿Y aun cuando fuera así?...

JUAN.

Él se casó contigo, yo me caso tambien... Te diré mas, Susana, en conciencia, le debes eso... Vamos, valor, dame tu linda mano...

LA BARONESA.

Ea, consiento, te la concedo, pero la izquierda.

JUAN.

¿La izquierda?

LA BARONESA.

Así tiene que ser; nobleza obliga.

JUAN.

Es cierto.

LA BARONESA.

Y para eso ha de ser con una condición...

JUAN.

Como tú quieras, con tal de que me cases.

LA BARONESA.

Hasta que yo haya vendido mi fondo para retirarnos á vivir en paz, conservarás tu librea que te sienta tan bien... En público continuarás siendo...

JUAN.

Tu lacayo... ¡qué felicidad! Yo que solo temia una cosa, tener que ser amo... Es imposible hallar criados... esos tunantes le piden á uno precios...

LA BARONESA.

Pues bien, está concluido; corre á tu puesto que oigo un coche á la puerta. (*Cambiando de tono.*) Juan, ¿no oyes que viene gente?

JUAN.

Allá voy, señora. (*Vase enviando un beso á Susana.*)

ESCENA ULTIMA.

LA BARONESA, luego CLOTILDE.

LA BARONESA, aparte.

¡Allá voy! ¡qué modos!... Yo le arreglaré; ahora no se me escapa. (*Distinguiendo á Clotilde en pie á la puerta de la derecha.*) ¡Ah! ¿estabas ahí, curiosa?... Supongo que guardarás el secreto.

CLOTILDE.

¡Oh! señora, aun cuando no fuera mas que por mi dignidad... Esa sí que ha sido concesión...

LA BARONESA.

Será la última. ¿Qué quieres? Me rebajo, pero es porque me sirvan... ¡Hay tantos en el día que se rebajan por servir ellos!...

A. DE B.

A Malvina.

FANTASIA.

Yo soñaba: te ví cual estrella
Entre nubes de nácar y oro:
VÍ el fulgor que tu frente destella,
Te miré tan fantástica y bella
Que exclamé deslumbrado: ¡te adoro!

Vaporosa tu imágen querida
De mi sombra giraba en redor;
Yo clamaba con voz dolorida,
Y hasta tí levantaba afligida
Mi alma triste su pena y su amor.

Me escuchaste: mi vez temblorosa
Aun sonaba en el aire perdida,
Cuando tú, con tu carro de diosa,
Te acercaste hácia mí cariñosa
Y á tu lado me diste acogida.

Tu mirar me abrasaba: temblando
Quisé asirme á tu trono de nubes;
Mas no pude, que el viento surcando,
De la tierra te fuiste alejando
Circundada de blancos querubes.

Tu cabello sedoso, flotante,
Que envidiaran las hebras del oro,
Ondulaba con giro inconstante
Y á su vista mi labio anhelante
Murmuraba: ¡Malvina, te adoro!

Te contemplo arrobado: tu risa
Lava ardiente en mi pecho vertía;
Por mi frente cruzaba una brisa
Ténue, leve, veloz, indecisa,
Que mas fuego en mi mente encendía.

De repente una nube ¡oh Malvina!
Te ocultó de mi vista afanosa;
Te cubrió con su luz purpurina;
Te tornó de radiante en divina;
Te elevó con tu carro de diosa.

Aérea y pura cruzaste la esfera
Vaga sombra de casta ilusión,
Y á tu paso dejaste que viera,
Revestidos de calma hechicera,
Esos cielos de gloria mansion.

Te detienes: cubierta de albores,
Te ostentaste entre canto sonoro

De celestes y tiernos amores,
Coronada de estrellas y flores,
Y al mirarte exclamé: ¡Yo te adoro!
Oigo entonces que horrisono zumba
Aquilón desatado, voraz;
A mis piés miro abrirse una tumba,
Negra, horrible, caverna profunda
De fantásticos genios quizás.

O tal vez la mansion silenciosa
Que el rigor destinó para mí,
O la estancia tal vez venturosa
Donde acabe mi vida angustiosa
Si no vuelves tu amor hácia mí.

Te llamaba: mi voz la envolvía
De los vientos la zambra violenta;
Te buscaba, y tu sombra no vía;
Por do quiera tan solo se oía
El rugir de una horrible tormenta;

Te apareces entonces enlutada;
No te sigue el angélico coro;
Veó tu frente de arrugas surcada,
Tu megilla marchita y morada,
Y abrazándome, exclamas: ¡Te adoro!

Huye, vana fantasma engañosa,
No eres tú mi Malvina tan pura;
Ella es bella, gentil, candorosa,
Sus megillas afrentan la rosa;
Es en todo del cielo la hechura.

Entre tanto tu mano crispada
Con furor estrechaba la mía;
Yo, temblando, la frente inclinada,
Recordaba tu faz adorada
Que ora pálida y livida vía.

Cesó el viento; las brisas giraron
Cariñosas vertiendo placer;
Amorosas tus labios besaron,
Y otra vez á tu rostro tornaron
Sus encantos, su gracia, su ser.

Mas de nuevo observé tu desvío;
No escuchabas mi lúgubre lloro;
Y rendido de tanto extravío,
Exclamé de rodillas: ¡Dios mio!
Genio ó virgen, Señor, yo la adoro.

La inocencia.

Al viento tendidos los blondos cabellos,
Dulces y entreabiertos los labios de rosa,
Sonrisa hechicera vagando por ellos;
Velando sus ojos los párpados bellos,
Camila reposa.

La esbelta palmera que sombra y frescura
Presta á la doncella de cuello nevado,
Se mece orgullosa al ver la hermosura
Que lánguida y casta, y cándida y pura
Dormita á su lado.

Las brisas que cruzan con paso amoroso
Se paran absortas en torno á la bella,
Y besan su boca, y en vuelo afanoso
Esparcen do quiera el hálito hermoso
Que se exhala de ella.

Las aves le cantan, le arrulla la fuente,
El claro arroyuelo refresca su sien,
Sus puros cristales reflejan su frente;
Camila parece, durmiendo inocente,
La imágen del bien.

Y mientras en calma la niña reposa,
Un ángel la guarda, y le dice así:
«Duerme descuidada, virgen candorosa,
Descansa tranquila sin pena afanosa;
¡Dios vela por tí!»

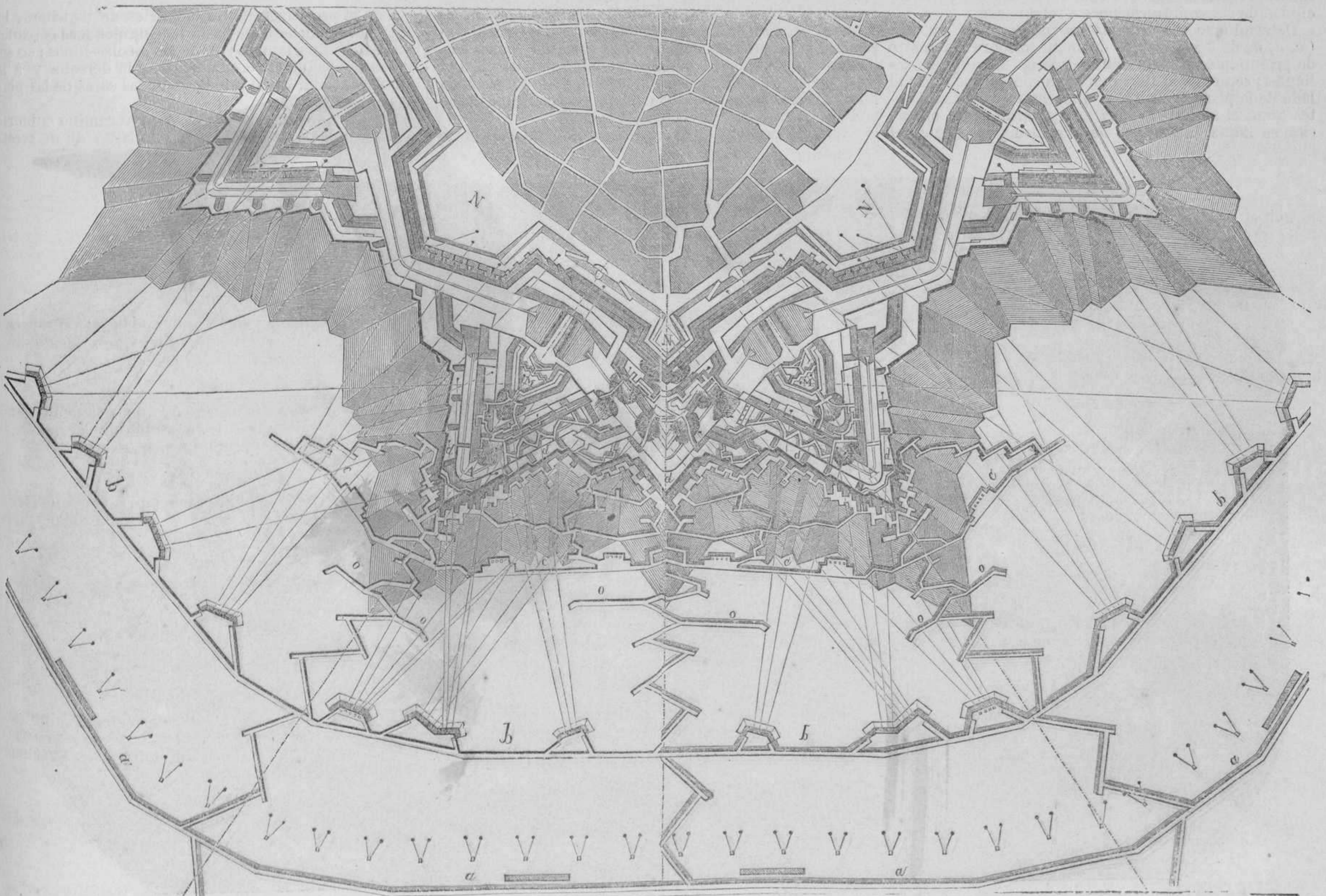
DOLORES DE FEDERICO.

Operaciones militares.

ATAQUE Y DEFENSA DE LAS PLAZAS.

Quando se emprende el sitio de una plaza, el ejército encargado especialmente de esta operacion se llama *ejército de sitio*; los defensores de la plaza constituyen la *guarnicion*, pero existe además un ejército de socorros que se mantiene en el campo, y que trata de hacer levantar el sitio ó al menos de abastecer la plaza. La parte del ejército encargada de vigilar los movimientos del cuerpo de socorro se llama *ejército de observacion*; por lo comun este último tiene menos fuerza que el anterior, pues el ejército de sitio es mas numeroso que la guarnicion.

En cuanto se ha resuelto el ataque de una plaza, el general del ejército sitiador dirige rápidamente la ca-



PLANO DE LOS ATAQUES DE UN FRENTE DE FORTIFICACIONES EN TERRENO HORIZONTAL.



ARTE MILITAR. — ABERTURA DE UNA TRINCHERA.

ballería y la infantería sobre la plaza para rodearla é interceptar así toda comunicación entre los sitiados y el ejército defensivo; esto se llama *cercar* la plaza. El ejército de sitio llega sucesivamente y se establece en todas las posiciones ventajosas al rededor de la ciudad; pero de este modo se encuentra muy diseminado, y por consiguiente bastante débil contra los ataques exteriores. Para obviar el inconveniente, se rodea de una serie de obras de campaña, y esto es lo que se llama *línea de circunvalación*; á veces se establece otra igual contra la guarnición, que es la *línea de contravalación*, y el ejército se acampa entre estas dos líneas dando frente á la campiña.

Al mismo tiempo se reúnen los materiales necesarios para el sitio, la artillería y los ingenieros reconocen la plaza, y sus comandantes dan al general en jefe su opinión para determinar el *punto de ataque*. Para esto entran en cuenta el valor de la fortificación, la naturaleza del terreno sobre el cual deben caminar, y la facilidad de las comunicaciones á retaguardia.

Determinado el punto de ataque, se abre un foso (*a, a, a*) de 3 á 4 metros de anchura sobre un metro de profundidad á unos 600 metros de los ángulos salientes; se arroja la tierra en forma de parapeto por el lado de la plaza, y este foso que envuelve varios frentes toma el nombre de *primera paralela*. Esta operación se llama la *abertura de trinchera* y se ejecuta al

oscurecer. Detrás de la primera paralela abren otros fosos menos anchos, llamados ramales, para comunicar con los depósitos de trinchera situados por lo común á 1,200 metros de los ángulos. Estos ramales están trazados en zigzags para evitar los fuegos de la artillería de la plaza.

Se avanza por ramales análogos delante de la primera paralela siguiendo las capitales de las obras para exponerse menos á los fuegos, hasta la distancia de unos 300 metros de la plaza, y se abre una segunda paralela (*b, b, b*) ó plaza de armas, semejante á la primera. Las baterías de sitio, y sobre todo las de rebote, se establecen delante de esta paralela; estas últimas tiran á lo largo de las caras de las obras, á fin de demontar las piezas y de ahuyentar á los defensores. Luego se continúan los caminos sobre las capitales como anteriormente, hasta que se llega á los glásis, sobre los cuales se abre una *tercera paralela* (*c, c, c*); entre esta nueva paralela y la segunda se establecen otras porciones (*o, o, o*) que deben encerrar bastantes tropas para sostener á los trabajadores. La tercera paralela y los caminos de delante se ejecutan por los soldados de ingenieros. De esta paralela se parte para el ataque de los caminos cubiertos (*d, d, d, d*). La toma de los caminos cubiertos se considera generalmente como el suceso mas grave y peligroso del sitio.

Cuando circunstancias imperiosas obligan á no dejar

que se prolongue un sitio, se atacan á viva fuerza los caminos cubiertos, medida extrema en la que el sitiador sufre pérdidas muy grandes. En este caso, un momento antes de cerrada la noche, y á una señal dada, se lanzan velozmente los destacamentos de granaderos y fusileros de la paralela á las crestas de los glásis donde tiran sobre el enemigo á quemarropa; al mismo tiempo un crecido número de trabajadores provistos de herramientas, cestones y taginas, ejecutan el coronamiento bajo la dirección de los ingenieros y de la artillería. Cuando se pueden tomar mas precauciones, el ataque de los caminos cubiertos se hace palmo á palmo; se marcha por medio de zapas sobre los ángulos atacados; se construyen á 30 metros de las crestas de estos ángulos zapas circulares en las cuales se establecen caballetes de trinchera bastante altos para que los tiradores que han de guarnecerlos puedan dominar las plazas de armas y desalojar con su fuego á los defensores.

Bajo la protección de los caballetes de trinchera, la zapa puede adelantarse hasta los ángulos mas cercanos que son ordinariamente los de las medias-lunas; en seguida se efectúa el coronamiento á la derecha y á la izquierda caminando á lo largo de las caras de las plazas de armas.

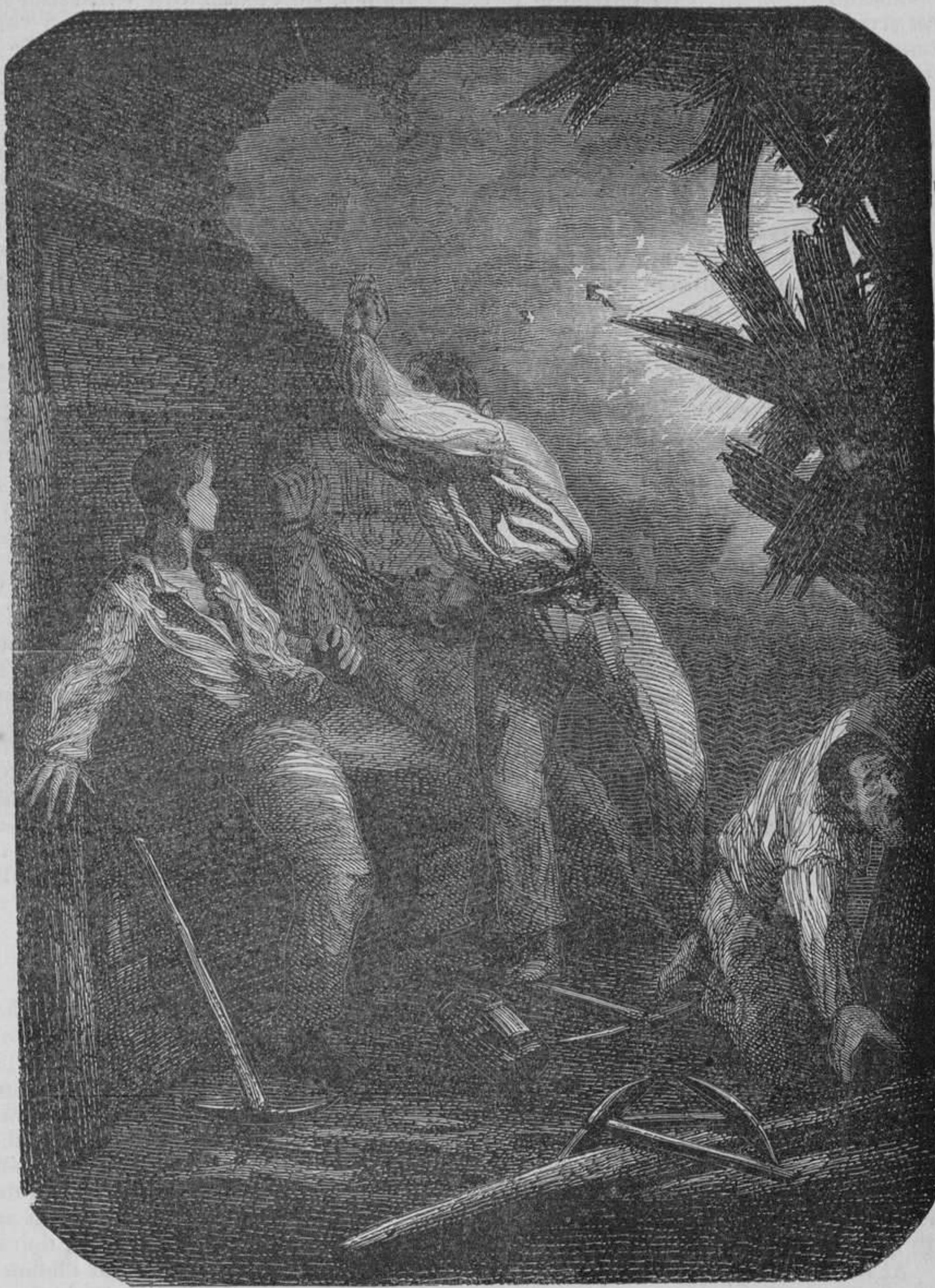
Cuando es una media-luna A cuyo camino cubierto se ha coronado, se establecen á lo largo de su cresta



CONSTRUCCION DE UNA BATERIA DE SITIO.



CORONAMIENTO DE UNA BRECHA.



MINADORES SORPRENDIDOS POR UN HUMAZO.

tres ó cuatro baterías, dos de ellas para destruir el ángulo de la media-luna, y las otras dos para contrabatar las caras de los bastiones. — Al mismo tiempo se abre un subterráneo para bajar al foso, se prepara el paso del foso, y cuando la brecha está practicable, la columna de asalto desembocando por la bajada, atraviesa el foso, escala la brecha y acomete al enemigo á bayonetazos; se debe tratar de rechazar á los defensores de la brecha, y de contenerlos durante un tiempo suficiente para que los trabajadores puedan coronar la brecha con la garita en donde se fortifican al punto. Tomada la media-luna, se puede caminar sobre las plazas de armas entrantes y sobre los ángulos salientes de los caminos cubiertos de los bastiones; entonces se establecen nuevas baterías, unas para hacer brecha a los que atacan los bastiones, y las otras para contrabatar los flancos. En ese caso se hacen delante de los bastiones bajadas y pasos de fosos; pero los fuegos del reducto M de media-luna impiden que se continúe el asalto. Así pues, hay que apoderarse de ellos ante todo, y para eso hay que hacer brecha, ya mediante la mina, ya con el socorro de la artillería que se alza sobre la media-luna, operación bastante penosa y de la cual damos un dibujo. Luego se da el asalto, y en seguida se pueden coronar las brechas de los bastiones N.



ENCUENTRO DE MINADORES ENEMIGOS EN UNA GALERIA.

Si los bastiones no tienen mas que atrinchamientos interiores poco fuertes, la plaza no puede sostenerse ya como es debido; pero si son importantes y están bien contruidos, hay que atacarlos en regla, y hacerles brecha con la mina ó el cañon antes de dar el asalto definitivo.

Tal es la marcha general del ataque que varia mas ó menos segun cada caso particular; en cuanto á la defensa, sus medios están preparados de antemano, y las operaciones son sencillimas.

Antes de que el enemigo haya abierto la trinchera, se tiene cuidado de armar los ángulos salientes principales con piezas montadas sobre cuneña rasa, á fin de mantener al enemigo lo mas lejos posible. Despues de la abertura de la trinchera, se aumenta el armamento de los fuertes atacados y se tira sobre las obras de los sitiadores; cuando estos construyen sus baterías, se bajan las piezas cubriéndolas con merlones y se apuntan principalmente sobre la cabeza de los caminos para tratar de detenerlos.

Cuando el enemigo ha llegado al alcance de la fusilería, se guarnecen los caminos cubiertos de tiradores, que deben constantemente estar dispuestos á tirar sobre los sitiadores que puedan descubrirse. Tambien se intentan frecuentes salidas sobre los flancos de los ataques, para clavar las piezas, destruir las obras ó paralizar la marcha.

Cuando el enemigo ha pasado la tercera paralela, se recurre á las minas si las localidades han permitido construir las minas son comunicaciones subterráneas que conducen á una cavidad en la cual se deposita una cantidad de pólvora para trastornar cuando salta el terreno en que se ha puesto el hornillo.

Por su parte los sitiadores se meten en la tierra en pozos verticales para sondear el terreno y descubrir las obras subterráneas de los sitiados. Esta guerra de minas, sobre cuyos detalles sentimos no poder insistir, tiene un carácter particular y presenta terribles episodios. — Cuando los minadores oyen á sus enemigos que trabajan á alguna distancia, los esperan en silencio, y al ponerse bastante cerca, se retiran dando fuego á un hornillo de mina cuya explosión abre las galerías próximas, y mata ó asfixia infaliblemente á los trabajadores que allí se encuentran. Esto es lo que llaman dar un *humazo*. — Otras veces los minadores encuentran un ramal ó una galería enemiga; entonces se precipitan por allí y atacan de improviso á sus adversarios con las palancas, hachas ó picos: estas horribles luchas cuerpo á cuerpo tienen lugar por lo comun en medio de la oscuridad mas profunda.

Cuando el sitiador ha llegado á las defensas de la plaza, se halla mucho menos protegido por sus obras que cuando está á la otra parte de los caminos cubiertos; por eso pierde mucho de sus ventajas; y los sitiados deben aprovechar la ocasion para hacer numerosas salidas y disputarle el terreno palmo á palmo.

En los asaltos los sitiadores se presentan á descubierto sobre un pequeño frente, y los defensores deben redoblar en valor y actividad para precipitarlos de las brechas y hacerlos sufrir las mayores pérdidas posibles, dirigiendo contra ellos un fuego de metralla y tirando piedras, bombas y granadas. — Si á pesar de todos estos obstáculos y de la mas viva resistencia, el enemigo llega á lo alto de la brecha, las tropas en reserva se lanzan sobre él á la bayoneta, y no se retiran sino en el último extremo, para dejar obrar á las minas y al fuego de las barricadas y de las trincheras que puedan batir la brecha todavía.

En fin, cuando la guarnicion ha agotado todos sus medios de defensa, se retira á sus últimos atrincheramientos y trata de obtener una capitulacion honrosa.

V. C.

Lo que es poesia

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Si yo fuera rey absoluto, y así como hay máquinas para medir el tiempo, las hubiera para medir el sentimiento, habia de dar un real decreto que dijese:

«Pues señor, no se permite hacer versos al que no tenga tantos ó cuantos grados de sentimiento.»

Anoche me asomé al balcon á tomar el fresco y á contemplar el azul del cielo, ante cuya serenidad suelo decir á mi alma: — «Aprende, aprende á estar serena,» — y oí el siguiente diálogo entre la criada del cuarto segundo y el criado del cuarto principal de la casa de enfrente:

— ¿Qué hora es ya, Perico?

— Las doce.

— Ya pronto vendrán mis señores.

— Y los míos también.

— ¿Te toca salir mañana, Bonifacia?

— No, pero voy á pedir licencia á mi señora, como son mis días...

— ¡Y que tienes razon, chica! Que los tengas muy felices.

— Con dos cuartas de narices.

— Te voy á sacar unos versos.

— ¡Sí, buena cabeza tienes tú para eso!

Tras, tras, á la puerta los señores del cuarto principal, y se llevó Pateta la conversacion de Perico y la Bonifacia.

Me alegré de que así sucediera, porque si no cometo la imprudencia de gritar á la Maritornes de enfrente:

— Oiga Vd., los versos no se sacan de la cabeza, que se sacan del corazon.

Quizá el vecino de al lado, que también tomaba el fresco en su balcon y presume de perito en la materia, hubiera terciado en la cuestion diciéndome:

— Perdona Vd., señor mio, que los versos pueden sacarse lo mismo de la cabeza que del corazon. Lo que solo se saca del corazon es la poesia.

— El que ha de perdonar es Vd., le hubiera yo replicado. Si por versos entendiera el vulgo las palabras que escritas forman *renglones desiguales*, y habladas se pueden cantar, santo y muy bueno; pero como el vulgo entiende por versos poesia, he hecho perfectísimamente en advertir que los versos se sacan del corazon y no de la cabeza.

El vecino de al lado hubiera caído de su burro á fuer de hombre razonable, y Vd., lector mio, que es aun mas razonable que él, hubiera caído también del suyo, dado caso que desde su balcon me hubiese hecho observacion parecida.

Repito pues, que si yo fuera rey absoluto y se pudiera medir el sentimiento, base fundamental de la poesia, habia de mandar poner en limpio y autorizar con mi firma y sello el real decreto cuya minuta queda archivada en el presente artículo.

Me dirá Vd., señor lector:

— Pero vamos á ver qué entiende Vd. por poesia, porque el epigrafe de su artículo le pone á Vd. en el compromiso de definirla, y Horacio ..

— Hombre, si he de decir á Vd. la verdad, no entiendo mucho de Horacios ni de Curacios, pero creo que la poesia está definida con decir que es *la esencia de la belleza moral*.

— Pero, santo varon, ¿la belleza material no forma parte de la poesia?

— Justo, pero es porque los objetos hermosos engendran ideas y sentimientos hermosos tambien. El rosal es poético, pero es porque produce rosas.

— Estamos conformes, ¿pero á qué viene ahora explicar lo que es poesia, cuando todos los que la cultivan saben mejor que Vd. definirla?

— Si yo fuera á escribir este artículo para esos, hablaría Vd. como un libro... como un libro bueno, que no todos los libros hablan bien; pero como le escribo para los que todos los dias oyen campanas y no saben dónde, la observacion de Vd. no pega. Todo el mundo oye hablar cada instante de poesia, y de cada cien que oyen esa palabra, hay noventa y cinco que ignoran su significado. Pregunte Vd. á cualquiera de esos noventa y cinco ¿qué es poesia? y contestará riéndose como cuando se pregunta: «¿Nuestra Señora de Marzo á 25, en qué mes cae?» «¡Toma, qué ha de ser! versos.»

Ahora bien: ¿porqué no ha de haber quien haga un esfuerzo á ver si llamando al pan pan y al vino vino, consigue explicar á tantos que no lo saben lo que con procedimiento distinto no ha conseguido explicarles ninguno de los que han compuesto poéticas, desde Aristóteles hasta Martínez de la Rosa?

Quien va á hacer esa prueba soy, y milagro será que no me salga con la mia, gracias á mi método, que no á mi habilidad.

II.

Recuerdo al llegar aquí que no es esta la primera vez que intento explicar lo que es poesia á personas para quienes Aristóteles está en griego, Horacio en latin, y Martínez de la Rosa en lenguaje demasiado fino; pero desgraciadamente mi auditorio fué entonces tan escaso, que casi prediqué en desierto.

Voy á referir el caso, que los recuerdos han sido siempre la comidilla de mi alma.

En Villaviciosa de Odon tiene mi amigo Pepe una hermosa posesion donde reside con toda su familia, dedicado, mas por aficion que por necesidad, á la agricultura, y allá suelo ir en primavera y verano á pasar algunos dias.

A Ana, la mujer de mi amigo, que es modelo de esposas y de madres, le ha sucedido una cosa muy parecida á lo de aquel personaje de comedia que habia estado cuarenta años hablando en prosa, sin saber que poseia tan rara habilidad. Ana ha estado cuarenta años siendo poetisa sin saberlo, bien al contrario de otras mujeres que están toda la vida siendo poetisas sin saber que no lo son.

Eran las doce de un hermoso dia de junio cuando llegué á casa de mi amigo Pepe.

El perro Leon, que tambien es muy amigote mio, salió á recibirme buen trecho antes de llegar á la casa, diciéndome con saltos y zalamerías: — «¡Dichosos los ojos que le ven á Vd.!» y un guindo que se asomaba á la pared de la huerta para dar dentera con sus guindas á los chicos, me dió un apabullo en el sombrero al ver que pasaba sin hacerle caso.

Al subir la escalera me pareció oír leer, y un momento despues noté que el ruido de mis pasos habia hecho interrumpir la lectura.

En un hermoso comedor, desde el cual se bajaba á la huerta por una escalerilla de madera sombreada por una pomposa parra, estaban Ana, Mariquita, Luis y Pepito.

Ana cosía; Mariquita, que era una chica de quince años, con una cara que siempre me salga á mí cuando juegue á cara ó cruz, tenia en la mano un libro medio cerrado, y Luis y Pepito, gaterillas de cuatro á seis años, procuraban romper la cabeza al busto de un famoso socialista para ver si tenia algo dentro.

Luis y Pepito corrieron á mi encuentro, y como yo les preguntase si habian sido buenos, me contestaron que sí les llevaba dulces.

Despues de los saludos de ordenanza, me dijo Ana que su marido estaba hacia dos dias á la feria de no sé dónde, y le esperaban aquella noche.

— ¿Con que estaban Vds. de lectura?

— Sí, en algo se ha de pasar el tiempo.

— ¿Y qué leía la Marujilla?

— Un libro de poesia que ha compuesto un poeta de Madrid.

— ¿Y qué poeta es ese?

— Uno que viene todos los años el dia de la funcion á poner las banderillas á los toros.

— ¡Banderillas un poeta! Mujer, ¿está Vd. loca?

— Pues si señor que es banderillero de aficion.

— Pero no será poeta.

— Sí que lo es.

— ¿Y en qué se le conoce?

— Toma, en que cae en copla lo que dice ó escribe.

Cogí el libro que Mariquita tenia en la mano, leí cuatro versos, y como para muestra basta un boton, repliqué:

— Ni ese señor banderillero es poeta, ni en este libro hay poesia.

— ¿Pues qué hay?

— Versos.

— Llámeme Vd. hache.

— Pues no se lo llamo.

— ¡Otra te pego, Anton! ¿Con que poesia y versos no son una misma cosa?

— No, señora: puede haber en un libro versos y no haber poesia, y puede haber poesia y no haber versos.

— ¡Anda morena! ¿Pues qué son los versos?

— Antes de contestarle á Vd. quiero haccerle una pregunta. ¿Cuántos vestidos tiene la Mariquita?

— Yo le diré á Vd., decentes no tiene mas que dos, uno de ellos verde y el otro azul.

— ¿Y con cuál de ellos está mas guapa?

— Con el azul Y ya lo sabe ella la vanidosota, que se despepita por ponerse el azul y no el verde.

— Pues mire Vd., Ana: la poesia no tiene mas que dos vestidos decentes; uno de ellos es la prosa y el otro el verso, y como con el verso está mas guapa que con la prosa, se despepita por ponerse ese vestido y no el otro.

— Pero si los versos no son poesia y sí solo el vestido que mejor le sienta, ¿qué es poesia?

Al hacerme Ana esta pregunta, oímos hácia la escalera una vocecita que decia:

— ¡Una limosnita por amor de Dios, que no tengo *pade* ni *made*!

Luis y Pepito que acababan de convencerse de que la cabeza del famoso socialista no tenia nada dentro, echaron á correr hácia la escalera.

— Mamá, es una niña que está comiendo un troncho. ¡Ay qué asco!

— Decidle que entre.

En efecto, una niña como de seis años, casi desnuda y royendo un troncho de berza entró en el comedor.

— Hija, le dijo Ana quitándole el troncho y tirándole á la huerta, ¿porqué comes esa porquería?

— Tengo *hambre*, contestó la niña haciendo un pucherito y llenándosele los ojos de agua.

— ¡Pobrecita! exclamaron Mariquita y Ana.

— ¿De dónde eres, hija? añadió la segunda?

— De *Navalcanero*.

— ¿Y tus padres?

— No tengo *pade* ni *made*, que se han *muetto* de *lcó*-*lera*.

— ¡Hija de mi alma! exclamó Ana arrasándosele los ojos en lágrimas y besando á la niña sin reparar en la suciedad de que estaba cubierta. ¡Porqué su Divina Majestad no se habrá llevado á esta criatura al llevarse á sus padres! ¡Qué dolor, Señor, qué dolor!

Y así diciendo, Ana corrió á la cocina, y dando cada suspiro que se oía en el comedor, en un abrir y cerrar de ojos preparó una cazuelita de sopas con el mejor caldo del puchero y se la trajo á la niña, con el item mas de un trozo de carne y una rosca.

Mientras la niña comia, buscó Ana un vestidito y otras prendas que á la edad de ocho años habia desechado Mariquita, casi nuevas, porque le estaban ya chicas; y así que la huerfanita despachó su racion, la lavó la cara, trocó sus harapos por aquella ropa, y la despidió colmándola de caricias.

Ana tomó de nuevo su costura.

— Volviendo á nuestro pleito, me dijo, ¿qué es poesia?

— Poesia, contesté, es... esas lágrimas que aun tiene Vd. en los ojos, esos suspiros que aun se le exhalan á Vd. del pecho, eso que aun siente Vd. en el corazon.

— ¡Ya! murmuró Ana empezando á comprender algo de lo que yo empezaba á explicarle prácticamente.

III.

— ¡Mamá, ¿cuándo comemos? ¡Jem! ¡jem! ¡yo queria comer! cencerreaban Luis y Pepito zarandeando á su madre.

— ¡Tened un poco de paciencia, que ahora vamos! ¡Jesus qué enemigos de chicos!

Ana dejó su costura, se fué á la cocina á hacer una de las habilidades que reservaba para los dias de in-cienso, y yo me fui á dar una vueltecita por la huerta, donde me estuve charlando con un mozo rubio que trabajaba en otra huerta separada de la de Pepe por una tapia que me llegaba al pecho.

Poco despues me pareció que Luis y Pepito andaban al morro al pié de la escalerilla del comedor, y eché á correr allá para poner paz entre los ruines. Los ruines, á quienes su madre habia mandado que me avisaran para comer, habian empezado á pescozones sobre quién habia de ir el primero.

Al subir al comedor, me encontré con la mesa mas *poética* que en aldea habia visto. Los cubiertos eran de boj y los platos de Talavera, pero ¡qué nuevecitos! ¡y qué blancos los manteles! ¡y qué canastillitos de variadas frutas! ¡y qué ramilletes de flores en los ángulos de la mesa! ¡y qué gusto tan delicado en la colocacion de todo!

— ¡Ana! dije, ¿y es Vd. quien me pregunta qué es poesia?

— Sí que se lo pregunto á Vd., porque todavía no me ha contestado como Dios manda.

— Poesia es esto.

— ¿Poesia la mesa? ¡Calle Vd., burlon!

— La mesa, y sobre todo lo que ha inspirado á Vd. todos estos primores.

— ¡No tiene Vd. malos primores! ¿Qué tiene que ver la poesia con que á una le gusten las florecillas frescas, las frutas hermosas y los manteles blancos?

— Pues la poesia está en ese gusto, en el gusto delicado.

— ¡Ay qué rico le tiene este! dijo Pepito clavando el diente á un hermoso albaricoque

— ¿Y está tambien la poesía en los albaricoques? añadió su hermano abriendo uno.

— Si que lo está, contesté sonriéndome.

— Engañoso, que no tiene mas que hueso, me replicó Luisito.

Echámonos á reir con esta salida de pié de banco, y nos pusimos á comer alegremente, no sin que con frecuencia interrumpiera Ana la conversacion con un: — «¿Si habrá comido ya mi Pepe?» — O un: — «¿Dónde habrá comido hoy aquel?» — O un: — «¿Válgame Dios qué gobierno tendrá estos dias aquel pobre acostumbrado al arreglito de su casa!» — tiernos recuerdos y dulces inquietudes en que, como dije á Ana, habia mas poesía que en los versos de todos los banderilleros del mundo.

Estábamos echando un parrafillo de sobremesa, cuando los niños que habian salido al balcon del comedor empezaron á gritar muy alegres: — ¡Tío Bailen! tío Bailen! Mamá, dile al tío Bailen que suba á contar cuentos de soldados.

Ana se asomó al balcon y dijo á un anciano que pasaba por la calle:

— Tío Bailen, ¿no quiere Vd. subir á echar un traguillo?

— Allá voy, hija, contestó el anciano, que á un trago y un cigarro no se niega nunca el español.

Mientras el anciano subia, me contó Ana que le llamaban el tío Bailen porque su mayor dicha era contar lo que pasó en la batalla del mismo nombre, donde recibió una herida, de cuyas resultas quedó ciego. En efecto, el tío Bailen no veia mas que con los ojos del alma. Dios nos los conserve á todos.

Ana le alargó un vaso de excelente vino y yo un cigarro de excelente tabaco.

— Buen vino está este, dijo el pobre ciego, pero lo he bebido yo mejor.

— ¿Dónde?

— En Bailen cuando vencimos á Dupont. Estaba yo con una herida en la cabeza pidiendo por todos los santos del cielo un vaso de agua, cuando pasa el general Castaños y con su propia mano me escancia un vaso de vino y me lo da mezclado con dos lágrimas que se le saltaron al verme con la cabeza acribiliada. Aquel sí que era vino, ¡voto á brios Bacó!

— Vamos, tío Bailen, cuéntenos Vd. lo que pasó aquel dia.

(Se concluirá.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

LICOR DESINFECTANTE: — Interesantes pormenores da un periódico acerca de un descubrimiento de suma trascendencia, debido á uno de nuestros compatriotas.

El 30 de junio último tuvo lugar una reunion de médicos y químicos notables con asistencia de algunos individuos de la prensa en casa del señor Ciebra, médico español. Tratóse de hacer constar los efectos de un licor desinfectante compuesto por este eminente doctor.

Colocóse sobre una mesa un trozo de carne enteramente corrompida, de la que se desprendian miasmas que en algunos momentos inficionaron la atmósfera, produciendo un olor insufrible.

Despues de haber envuelto en un lienzo el objeto del experimento, lo roció el señor Ciebra con tres decilitros próximamente de su licor, verificando en seguida una ligera aspersión en la sala. En menos de cuatro minutos llegó á ser casi inodoro el trozo de carne al contacto con las narices de los espectadores, y enteramente inodoro á algunos centímetros de distancia.

Es un hecho en extremo curioso que la carne desinfectada en la primera sesión haya sido presentada en la segunda como carne enteramente fresca.

El líquido desinfectante de Ciebra es muy poco costoso y de aplicacion muy extensa, puesto que á beneficio suyo se disipan con increíble rapidez los miasmas deletéreos, de una habitacion, de un muerto ó de un enfermo; se puede conservar sin peligro alguno un cadáver durante algunos dias, y aun desinfectar, mediante ciertas precauciones, toda clase de plagas.

RED SUBTERRANEA DE TUBOS PNEUMATICOS: — Ya no basta el telégrafo eléctrico para la rapidez de las comunicaciones: trátase del establecimiento de una red subterránea de tubos neumáticos, por medio de los cuales se podrán transmitir cartas, impresos, libros y aun paquetes de mercancías de un volumen considerable con una regularidad y una rapidez desconocidas hasta ahora. El principio en que se funda este sistema es antiquísimo, pues se reduce á la bien conocida atraccion del vacío y aun se habló mucho há, en medio de la burla del público, de su aplicacion á la locomocion y al movimiento mercantil. Sin embargo, nada se hizo prácticamente. Pero de pocos años á esta parte, la principal compañía telegráfica de Londres hizo un ensayo en pequeño poniendo en comunicacion varias de sus estaciones centrales por medio de estos tubos neumáticos, y transmitiendo por ellos los despachos de una estacion á otra.

Los resultados han sido tan favorables y tan económicos, que se ha resuelto extender el sistema, y se acaba de constituir una sociedad con un capital de 250,000 libras, y á cuyo frente se hallan hombres de la mayor importancia, que ya han obtenido la sancion correspondiente para colocar los tubos por

todo Londres. Si el éxito corresponde á las esperanzas, se extenderá el sistema por toda Inglaterra, y aun se habla de la posibilidad de establecer tubos submarinos, y ponerse por este medio en comunicacion con el continente. No tendria nada de extraño que dentro de pocos años hubiese un tubo neumático desde Londres á Madrid; y en este caso, como la velocidad es de 30 millas por hora, se leerian allí los periódicos 24 horas despues de publicados en Madrid.

EFECTOS DE LOS GASES NOCIVOS EN LAS PLANTAS: — M. John Livingstone ha sido premiado por la universidad de Oxford, por su Memoria sobre los efectos de los gases nocivos en las plantas. En sus experimentos empleó ocho gases, á saber: de los ácidos sulfurosos é hidroclicóricos, cloro, hidrógeno sulfurado, amoniaco, óxidos de carbono y nitroso y gas del aluminio. Considera que los gases, tanto en las plantas como en los animales, obran como narcóticos ó como irritantes. Los gases narcóticos no cambian el aspecto de las plantas, pues quedan tan verdes y succulentas antes como despues de ser sometidas á su accion; pero al trasplantarlas mueren y en ningun caso es posible hacerlas prosperar. Los gases matan las plantas. La accion de los gases irritantes es meramente local. Las puntas de las hojas pierden su color, y algunas veces todas las hojas son atacadas, pero si no lo fué el tallo, la planta recobra vigor.

DE LA CONSERVACION DE LAS FLORES NATURALES: — Es un deseo general el de conservar los ramos de flores naturales sin que se marchiten: hasta ahora ningun medio eficaz se habia encontrado; el de introducir los tallos en agua, universalmente admitido, no produce el resultado que se apetece, puesto que á pesar de renovar el líquido una vez á lo menos cada dia para evitar su corrupcion, la alteracion de las flores empieza á efectuarse poco despues de su separacion de la planta.

«Hay un procedimiento, dice l'Echo du Nord en uno de sus últimos números, en extremo sencillo y que realiza las esperanzas de los amantes de las flores: consiste en echar en el agua de la vasija que ha de contener la flor ó el ramo cogido carbon en polvo en cantidad suficiente para que la extremidad inferior de los tallos esté sumergida en él.

Ignoramos, añade dicho periódico, si este medio tan sencillo como eficaz ha sido puesto en práctica; pero es evidente que se han obtenido admirables resultados en las plantas que han sido objeto de tal experimento, conservándose sin alteracion sensible tanto tiempo como si estuvieran en sus condiciones naturales, sin haber sido necesario renovar el agua ni el carbon, es decir, sin dar trabajo alguno.»

METEOROLOGIA: — M. Petit, director del Observatorio de Tolosa, ha dirigido la siguiente nota á los periódicos:

«Las anomalías meteorológicas del año de 1860, que han preocupado con motivo fundado á los agricultores, pueden expresarse por algunas cifras que permitirán apreciar mejor sus consecuencias. Hé aquí, en efecto, cuál es la marcha normal de las temperaturas medias durante el año, en grados centígrados:

Enero, 1°,96; febrero, 5°,70; marzo, 8°,21; abril, 11°,33; mayo, 13°,58; junio, 19°,90; julio, 21°,42; agosto, 21°,04; septiembre, 17°,01; octubre, 13°,22; noviembre, 8°,75; diciembre, 5°,16; en el año, 12°,76.

Ahora bien, en 1860, estas temperaturas se han repartido hasta ahora de la manera siguiente:

Enero, 7°,60; febrero, 1°,84; marzo, 6°,47; abril, 8°,83; mayo, 15°,64; junio, 18°,21; julio, 19°,51.

El término medio de estos siete primeros meses es igual á 11°,17, mientras que el término medio ordinario para el mismo tiempo es 12°,44. Queda por consiguiente, bajo el punto de vista del calor, un deficit considerable, que se llenarásegun todas las apariencias, en gran parte al menos, por temperaturas mas elevadas que de ordinario, durante los últimos meses del año. Por otra parte, estamos en una época en que la marcha decreciente del termómetro se encuentra momentáneamente detenida por el anillo de asteroides que la tierra atraviesa del 10 al 15 de agosto, y que dan origen á las apariciones extraordinarias de estrellas errantes marcadas ya en la edad media, y consideradas entonces, por alusion al martirio de san Lorenzo quemado vivo, como las lágrimas ardiertes de este santo, cuya fiesta es precisamente el 10 de agosto. Hay motivo para esperar que esta detencion en el decrecimiento de la temperatura dará origen á un tiempo mas bueno que el que acabamos de pasar.

En el caso de que la compensacion llegara á establecerse, no deberiamos esperar desde ahora al 30 de diciembre mas que cuarenta ó cuarenta y tres dias de lluvia en vez de cincuenta y cinco ó sesenta que daria un año ordinario para los cinco últimos meses; pero estos cuarenta dias deberian suministrar, sin embargo, cerca de 250 milímetros de agua, siendo así que los cincuenta y cinco ó sesenta dias de los años ordinarios no suministrarían mas que 230 milímetros por término medio. Las lluvias de los últimos meses de 1860 serán pues, segun todas las apariencias, mucho mas abundantes que de ordinario; pero el aire será tambien generalmente mas cálido y al mismo tiempo menos húmedo, porque el deficit sobre la temperatura durante los siete primeros meses ha coincidido con un exceso de diez grados en las indicaciones del higrómetro, que en lugar de un medio ordinario de 76 grados, da hasta el momento actual un medio de 85°,9. No carece de interés en esta ocasion la observacion del termómetro, que llega ordinariamente á 37 ó 38 grados á la sombra á fines de junio y durante el mes de julio, y en 1860 no se ha elevado en su máximo mas que á 31°,9.

ESTADISTICA: — Segun los estados publicados últimamente, nace en Francia una criatura por cada 38 personas todos los años; en Inglaterra una por cada 31 1/12; en Francia se verifica un casamiento por cada 127 personas; en Inglaterra uno por cada 118; en Francia ocurre una muerte por cada 42 individuos; en Inglaterra una por cada 45. Así pues, en proporcion á la poblacion, los nacimientos y los casamien-

tos, emblemas significativos del aumento, la prosperidad y el bienestar social, son mas numerosos en Inglaterra que en Francia, mientras que las muertes, emblema no menos significativo del sufrimiento y la decadencia, son mas frecuentes en Francia que en Inglaterra. En la primera, la balanza entre los que nacen y los que mueren es apenas favorable al aumento de poblacion; en la segunda es decididamente en favor de la multiplicacion.

Uniendo la diferencia relativa del aumento de los nacimientos (1 en 38) y las muertes (3 en 45), la prosperidad social en Inglaterra está representada por un equivalente de un 12 por 100 al año. En proporcion á la poblacion los casamientos en Inglaterra son un 7 por 100 mas numerosos que en Francia.

— Se ha calculado en Inglaterra que en las diferentes máquinas que se emplean en el dia en las manufacturas del algodón, un hombre solo puede hacer tanto trabajo como 130 hombres. Se graduan en 280,000 trabajadores los que se emplean en esta clase de fabricaciones. Antes de la invencion de las máquinas se hubieran necesitado cuarenta y dos millones de operarios para hacer la obra que se hace en el dia. Calculando el valor del jornal solamente á un chelin diario, sumarían todos diez y ocho mil millones de libras esterlinas. Ahora bien; deduciendo el jornal que se paga hoy dia á los trabajadores, los gastos de la fábrica, tanto por lo que respecta á los edificios, como á las máquinas para su conservacion, todo lo cual puede valuarse á mil trescientos millones, resulta siempre para la Gran Bretaña la economía de una suma de mas de diez y siete mil millones, que deberian gastarse para tener la misma cantidad de productos sin el auxilio de las máquinas.

HIDROLOGIA: — En la sesion del 2 de julio de la Academia de ciencias de Paris, el académico M. Babinet recomendó como muy nuevo é interesantísimo el ensayo sobre hidrologia de M. Thomassy. La ciencia que el autor designa con el nombre de hidrologia difiere de la hidrografia, que se limita á la descripcion de las aguas sobre la superficie de la tierra, en que sigue las aguas en las profundidades y demuestra el papel que representan en la formacion y modificaciones de la corteza terrestre. Considera el origen de las aguas, su evaporacion, su inmediata condensacion para evaporarse otra vez y empezar de nuevo la circulacion del líquido que es una de las condiciones vitales de nuestro globo. Segun la hidrologia, dada la masa de agua del globo es menester estudiar: 1º la evaporacion por la que vuelve una parte de ella á la atmósfera; 2º las corrientes de agua superficiales que llevan otra parte directamente al mar; 3º las corrientes de agua subterráneas que las eleva mas lentamente al mismo recipiente. De estas tres grandes partes solo la segunda se ha estudiado hasta ahora hidrográficamente y las otras dos forman el objeto de la hidrologia que M. Thomassy trata en su obra admirablemente. M. Babinet en su informe, insistió sobre un hecho en apariencia paradójico, á saber: que los rios y arroyos reciben menos alimento de sus afluentes que de los manantiales en el fondo de sus lechos, lo cual se comprobó á probar por medio del cálculo.

BIBLIOGRAFIA: — Se ha publicado en Londres una obra curiosa de viajes al rio Amor y posesiones rusas de la India y de la China, escrita por Thomas William Atkinson, tan notable por las noticias y datos que contiene como por la perfeccion del conjunto y de sus diversas partes. El autor, al mismo tiempo que refiere concienzudamente cuanto le ha ocurrido en su viaje ofreciendo al lector una serie no interrumpida de bellas narraciones y divertidas escenas, no descuida otros objetos mas serios, haciendo sabios y profundos estudios de geologia, botánica, etnología, etc., é investigaciones acerca de la utilidad que Inglaterra puede reportar explotando en provecho de su industria y de su comercio estas regiones desconocidas hasta ahora, y que de su relacion se infiere no ser ni tan improductivas ni tan desagradables como creiamos.

Como el autor (dice nuestro colega el Reino), es el primer viajero de la Europa occidental que ha penetrado en estas remotas regiones, sobre las cuales poco ó nada dicen las obras mas detalladas de geografia, da curiosos detalles acerca de esta nueva adiccion territorial hecha al imperio ruso, tan vasto sin ella, manifestando que comprende un espacio de 6,500 de largo desde el mar Caspio, á los 41 grados de latitud N. y 51 de longitud E., hasta los 53 grados de latitud N. y 80 de longitud E. Este pais abunda en ricos minerales y produce los mas variados frutos. El viajero describe tambien las diversas tribus que lo habitan; cuenta las aventuras que le han ocurrido con los kirghis montañeses, los manyures, manyargos, tungures, toucemtses, goldis y gelyakos, y las tribus cazadoras y de pastores. Su viaje, que comienza en la frontera de la Siberia, prosigue despues hasta el Amor inferior. Adornan á la obra 83 láminas, algunas de colores, y contiene además un apéndice de la historia natural de estas regiones.

NUEVO APARATO PARA LA PREPARACION DE MINERALES: — Acaba de introducirse en la industria mineral un nuevo aparato para la preparacion mecánica de los minerales. Este consiste en un tubo largo de unos 30 metros, colocado vertical dentro de un pozo, remata su parte superior por una especie de embudo ó tolva y por un cono truncado su parte inferior, á esta truncadura está adherido otro tubo tambien vertical, pero mucho mas pequeño y un alturador destinado á impedir la salida del agua y de las materias contenidas en el tubo grande.

Dispuesto el aparato como queda dicho, al ensayarse se llenó completamente el tubo de agua, despues se precipitó por el embudo el mineral reducido á polvo y clasificado. Las partículas de mineral y gangas abandonadas á sí mismas descendieron por la gran columna de agua adquiriendo al mismo tiempo velocidades distintas, debidas á la diferencia de densidad, así es que el mineral llegó primero que la ganga, esté ocupó el tubo pequeño y la ganga la truncadura. En este momento se abrió el grifo que termina el aparato y salió con fuerte presion, primero el mineral enriquecido y despues la

ganga, al mismo instante se cerró el grifo y se dió principio á otra operacion la cual siguió de la misma manera que la primera tardando en cada una veinte minutos.

Los minerales que se trataron en diferentes ensayos entraron con un tipo del 5 al 6 por 100 y salieron del aparato con el 25 y 30.

— ENRODILLADO DE LA SIEMBRA :— Hay pocas operaciones tan útiles á la siembra como el enrodillado. No hay hacienda en Europa racionalmente cultivada en que no se practique, y cada dia se alegan nuevas y mas poderosas razones en su abono. Solo en España se desconoce, y eso que es la nacion en que mas conviene, atendidos su clima y la clase de su suelo.

El enrodillado se ejecuta pasando el instrumento sobre la siembra en todas direcciones si está hecha á *man-ta*, y siguiendo la de la labor si lo está á surcos.

Hay varias clases de rodillos : el mejor es el llamado *crosskill*, del cual, así como de los demás omitimos la descripción, porque sin láminas no se entendería.

A falta de rodillos perfeccionados, los labradores pueden emplear uno de madera enteramente igual á los de piedra usados para nivelar las *eras de pan trillar* y los paseos. Únicamente se ha de diferenciar en ser mas largo para que tenga mas *batalla*, es decir, para que sea mas ancha la línea de tierra enrodillada en cada vuelta. Su peso debe ser tanto cuanto puedan resistir las caballerías.

El efecto que produce el rodillo es semejante, pero mas enérgico, al de la grada y al de la rastra. Quebranta la *cobertera* formada por la tierra, como vulgarmente se dice. Esto significa que pulveriza la costra endurecida del suelo, y deshace los terrones levantados en las labores precedentes.

Los resultados obtenidos son admirables. Mullida la tierra que habia adquirido cohesion con las heladas ó con los soles despues de las lluvias y de las escarchas, se abre paso el tallo de las nuevas plantas, se facilita el acceso de la luz, de la humedad atmosférica y del aire á las capas interiores, y se preparan las adyacentes á las raíces para que estas se extiendan y fortifiquen. Debemos advertir, para disipar los temores y las dudas de los labradores, que el rodillo deja los sembrados á la vista en el estado mas deplorable. Las matas quedan trunca-das, las hojas como marchitas y la tierra removida, cubriendo las plantas y ofreciendo un aspecto de desolacion y de ruina. Pero no hay cuidado. Germinarán y grillarán otros granos de semilla, se vigorizarán las plantas que parecian abatidas, y algunos dias despues presentará el campo á los ojos el espectáculo mas lozano y risueño.

Sin embargo, el labrador debe proceder con gran prudencia en las reformas que intente, para no exponerse jamás á un desengaño. Exponemos la teoría, á él toca hacer la experiencia. Enrodille la mitad de un sembrado, compare despues, y resuélvase para en adelante en vista del resultado que obenga.

— MÉTODO PARA PLATEAR EL COBRE :— El señor Boudier, farmacéutico de Joigny, ha dado á conocer un nuevo método para platear el cobre. Se prepara un polvo homogéneo, compuesto de 12 partes de cianuro de potasio, 6 de nitrato de plata cristalizado y 39 de carbonato de cal : se toma un trapo humedecido con agua, y cargándole de dicho polvo, se frota con él el objeto que se quiere platear. De este modo se forma una capa muy adherente, que reemplaza con ventaja á la amalgama de la galvanoplastia.



EL GENERAL NAPOLITANO BOSCO.

— INVITACION DE LA SOCIEDAD METEOROLOGICA DE FRANCIA :— La sociedad meteorológica de Francia se ha dirigido á todas las sociedades científicas, á los profesores de ciencias naturales y á todas las personas que se interesen por la meteo-

á mister J. Fowler, hijo, de Cornhil, quien, segun expresion del jurado de recompensas, «lo ha plenamente merecido.»

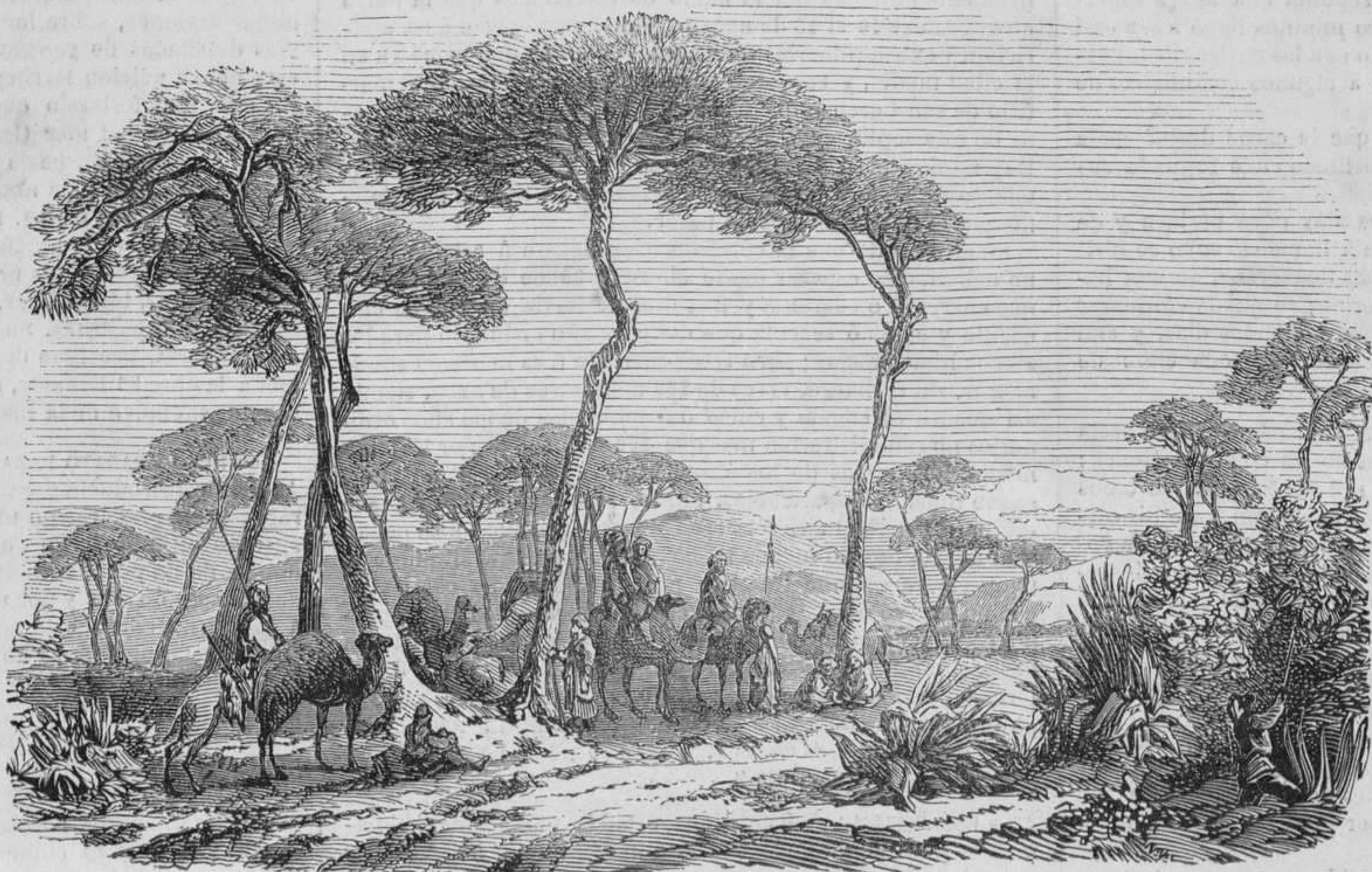
El *cultivador* de Fowler llena pues las condiciones del programa. Los competidores fueron cinco. El único que se acercó un poco al premio fué M. Howard, á quien recompensó el jurado con una gran medalla (de oro) de honor.

El *cultivador* de Fowler es una máquina de vapor que se trasporta por sí misma á los campos y los labra con celeridad, perfeccion y economía.

En Francia ha sido importado ya por el vizconde de Bautny.

El general Bosco.

Damos aquí el retrato del general Bosco, que de todos los oficiales napolitanos enviados á la Sicilia contra Garibaldi, ha sido el único que ha sabido conducirse con resolucion y valor. Se batió durante diez horas en el combate de Milazzo, y solo cedió cuando la última esperanza de triunfo estaba perdida. Por esa accion alcanzó el grado de general. Bosco es uno de los oficiales mas enérgicos del ejército napolitano.



UNA CARAVANA EN SIRIA.